

EL TIRANO DEL UNIVERSO

JOHNNY GARLAND

El tirano del Universo

El tirano del Universo

por

JOHNNY GARLAND

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal B. 7440 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA

PÓRTICO

Si las leyes físicas que rigen el Universo sufrieran un día una trasmutación total, lógicamente imposible para el concepto de los hombres, ¿qué sucedería entonces?

Todo cuanto las teorías científicas presentan como cierto e irrebatible, puede serlo... mientras otras teorías nuevas, revolucionarias, no demuestren todo lo contrario, derribando anteriores conceptos que el sabio tuvo por inamovibles.

Esto ha ocurrido, está ocurriendo en nuestros días, principio de una era maravillosa, cara a los espacios infinitos y a los mundos más remotos. Puede ocurrir, con mucha más razón, en el futuro. Un futuro que puede ser inmediato, hallarse ya al volver de una esquina. Mañana mismo, ¿por qué no?

Y si ese cambio radical, hipotético, se diera en el espacio, el tiempo, las dimensiones mismas en que nos movemos, en nuestras reacciones físicas más indiscutible, como la gravedad, la resistencia humana a las velocidades superiores a la luz, y toda una serie de principios científicos inamovibles, ¿qué llegaría a ocurrir? ¿Qué prodigios, qué desastres y qué asombrosas e inimaginables locuras podrían tener

lugar entonces?

Nadie lo sabe. Nadie, tal vez, se pare nunca a pensarlo, para no sentirse él mismo un poco trastornado. Pero la fantasía puede permitirse esa pirueta. Puede adentrarse en el mundo mágico y hermético del porvenir, anticiparse solamente unos años, muy pocos... y ver lo que sucedió el día en que las leyes físicas de los seres que pueblan el Universo parecieron enloquecer.

Tal vez de ese modo podamos saber algo que muy pocos conocieron en ese futuro cercano... algo que sucedió en los dominios de un ser alucinante: EL TIRANO DEL UNIVERSO...



CAPÍTULO PRIMERO

VIAJE DE NOVIOS



UCHAS felicidades, pareja!... Y no tardéis demasiado en volver. Recuerda, Mark, que tenéis una película en preparación. El Departamento de Ideas ha pensado que tal vez sería comercial el regreso de Mark Davis y de Shirley Ann Farmer a la pantalla, con un tema que os reúna a los dos. Seríais la pareja ideal del cine, muchachos.

. Mark Davis bostezó, hastiado. Una mirada de irritación se fijó en el poderoso, gesticulante, Herbert H. Van Buren.

—¿Es que ni siquiera el día de mi boda puede usted olvidarse de una maldita vez de que es productor en esta casa de locos llamada Hollywood?

—Hijo mío, nunca olvido aquello que me da dinero —rió satisfecho Van Buren, hundiendo los pulgares en las sisas de su grueso chaleco de lana amarilla, tan llamativo como su corbata multicolor y los resplandecientes anillos de sus dedos gordezuelos—. Y las tonterías enlatadas que «Van Buren Pictures» envía a todo el mundo me producen un raudal de dólares.

—Lo creo —Mark hizo un gesto burlón—. El mundo es lo bastante tonto como para dejar el dinero en las taquillas de los cines, para contemplar esa serie de horribles monstruos, astronaves y planetas raros que usted mete en sus películas.

—Y en los que tú andas siempre por medio —rió Van Buren alegremente, amenazándole con un dedo acusador—. No olvides eso tampoco, Davis, y no seas desagradecido. ¿Qué eras antes de que yo te descubriera en aquel circo, exhibiendo tu fortaleza física y tu agilidad en la pista? Un arrogante acróbata que apenas ganaba para vivir. Te saqué de allí porque me pareció que dabas perfectamente el tipo buscado por mi productora: un «Jim Plutón» perfecto. Alto, atlético, de facciones varoniles y atractivas, expresión dura y simpática a la vez, cabellos rubios, muy rebeldes... En fin, te convertí de la noche a la mañana en el héroe de mis episodios futuristas. Tu imagen es ahora popular en todo el mundo. La pantalla en color y las historietas basándose en ellas se han difundido por todo el orbe. ¿Y aún tienes queja, Mark? ¿Crees que es justo meterte con mis películas, por malas que sean?

—Está bien, usted gana —Mark se echó a reír, encogiéndose de hombros ante la verborrea del productor—. Después de todo, gana siempre. Creo que aniquila a sus enemigos a base de charla.

—Lo dicho, hijo: eres un verdadero desagradecido —gruñó Van Buren, mordisqueando un cigarro con fuerza—. ¿Y tú piensas como él, Shirley?

La delicada, bellísima muchacha, que estaba disponiendo rápidamente las maletas y un par de baúles-armario, volvió hacia el productor sus rasgados ojos pardos, de intensa mirada. La boca roja, carnosa y juvenil, sonrió como la soñada heroína de los films de «Jim Plutón» sonreía a los espectadores de mil

países diferentes.

—Creo que Mark exagera un poco —admitió.

—¡Vaya! —Davis se llevó las manos a la dorada, revuelta cabeza—. Es lo que me faltaba oír. Hasta mi mujer se pone en contra mía, en defensa de los intereses cinematográficos de Hollywood.

—¡Tu mujer! —Shirley le miró con burlona sorpresa—. ¡Qué pronto te has habituado a llamarme así! Y sólo hace un par de horas que estamos casados.

—A propósito de casados... —Van Buren casi se tragó el puro, del sobresalto—. ¿Es que ni siquiera vais a atender a los invitados, ocupados en llenar vuestros bártulos? Creo que tenéis tiempo hasta el avión de la noche...

—No me gusta hacer las cosas precipitadas —declaró Shirley resueltamente—. Es mejor que lo dejemos todo dispuesto, bajaremos después a tomar el «lunch» con los invitados, a charlar incongruencias con los periodistas, y a posar con feliz sonrisa ante los fotógrafos. Supongo que también será inevitable la fotografía de rigor, cortando el pastel.

—Inevitable —sonrió Van Buren, divertido.

La pareja se miró con resignado gesto, y Shirley suspiró, cerrando una pequeña maleta de piel azul.

—Conformidad, querido —dijo a Mark—. Cuando pensamos en casarnos, ya imaginé que tendríamos que afrontar todo eso. ¿No hubiera sido mejor casarse en Australia?

—Mejor aquí —rió Davis, mostrándole la primera plana del diario.

Shirley y Van Buren rieron también al ver lo que el joven actor señalaba. Los grandes titulares habían causado tanta sensación en Hollywood como en todo el mundo. La prensa de todas las naciones refería lo mismo, en diferentes idiomas y lenguas:

«Cohete norteamericano en la Luna. El hombre ha conquistado nuestro satélite».

Y un titular más abajo proclamaba con espectaculares caracteres:

«El Presidente anuncia el envío de un proyectil a Marte, con seres humanos, para dentro de pocas semanas. ¡Hemos entrado en la era interplanetaria definitivamente!».

—La Luna sería un buen sitio para tener lejos a la fauna de Hollywood —admitió Shirley Ann, divertida—. ¡Lástima que no salgan aviones para allá!

—Os tendréis que conformar con el que os lleve a Hawái y a las islas del Pacífico en idílica luna de miel, no a la Luna sin miel —rió Van Buren su

chiste, muy feliz—. Y ahora, adelante, hijos. Recordad que entre los invitados está lo mejor de Hollywood.

—¿Es que hay algo bueno aquí? —rió Mark, con su habitual ironía punzante—. Vamos, Shirley. Después de todo, tal vez el viejo Van Buren tenga razón; y le debamos gratitud. No por convertirnos en ídolos de los públicos idiotas, sino porque gracias a él nos conocimos tú y yo.

—Eso es lo más digno de agradecerle, Van —declaró Shirley Ann, acercándose al productor y besándole con entusiasmo en los rojos mofletes—. ¡Vamos, Mark! Acabemos cuanto antes con la tortura de la recepción nupcial...

* * *

Herbert H. Van Buren se quedó atrás. El viento que levantó el avión al correr sobre la amplia pista del aeropuerto agitó con violencia los faldones de su sobretodo. Junto al productor quedaron los últimos amigos, compañeros de trabajo y periodistas, como hormiguitas perdidas en la anchura del cemento.

—¡Al fin solos! —suspiró Shirley Ann, satisfecha, dejándose caer atrás en el muelle asiento del avión, con el ramo de flores que le dieran en la despedida, imposibilitándole la visión—. Parece mentira, querido.

—No grites mucho —rió Mark, mirando a los viajeros que ocupaban los demás asientos, y que parecían completamente indiferentes a las personalidades que iban con ellos en el viaje—. Todavía no es una soledad completa...

—Al lado de aquello, esto es el desierto de Arizona, Mark. No hubiera podido soportarles un minuto más.

El avión buscaba ya su emplazamiento para emprender el vuelo. Ronroneaba su motor y se deslizaban las grandes ruedas por la pista, dejando muy atrás la edificación del aeropuerto, con sus luces destacando en la penumbra del atardecer. El azul se intensificaba y los leves jirones rojos que se veían en la distancia, hacia el oeste, se iban amortiguando hasta desaparecer por completo, como hundiéndose en el océano, tras la fuga rápida del sol.

Mark libró a Shirley de la engorrosa carga de las flores, arrojándolas en el portaequipajes, y, más aliviada, la joven observó el exterior a través de la ventanilla.

—Va a hacer una hermosa noche, Mark: clara, despejada, maravillosa... No sé si es porque nunca la vi como ahora, sin edificios alrededor, sin decorados de cartón y escayola, sin focos ni gentes del cine, Mark, pero creo que es la más bella noche que vi jamás. Tal vez sea también porque ya no soy Shirley Ann Farmer, sino la señora Davis.

—Eres adorable, Shirley —se inclinó Mark hacia ella, rozando sus labios un momento. La miró a los ojos diáfanos—. Y para mí, tus ojos son más

bellos que la más hermosa de las noches.

—¡Tonto! —sonrió ella, acariciando sus rubios cabellos con suavidad—. Creo que la gente que te admira en la pantalla se llevaría una gran sorpresa si descubriera que bajo tu dura, y agresiva apariencia se oculta la más dulce y sentimental de las criaturas. Tal vez por eso me enamoré de ti, Mark. Es tan difícil encontrar espíritu en la ciudad donde vivimos...

—Vas a lograr ruborizarme —rió Mark—. Y eso sí que sería deplorable en un tipo como «Jim Plutón»...

Rieron ambos, cogiéndose fuertemente de las manos. Estaban mirándose a los ojos, bajo las tamizadas luces del interior del avión, cuando roncaron fuertemente los motores y se encendió el aviso de precaución. Momentos después el aparato despegaba, hacia las islas Hawái.

—Somos puntuales —afirmó Mark, tras consultar su reloj-calendario. Hizo un gesto solemne—. Son las ocho de la noche del 17 de octubre de 1975... Nuestro primer día de casados. Y nuestro primer viaje juntos, sin cámaras ni gentes del cine detrás.

—A buscar exteriores... para nuestra película privada —sonrió dulcemente Shirley—. ¿No es maravilloso, Mark?

—Tú eres la maravillosa...

El avión había dejado ya bajo sus alas las llanuras fértiles y las colinas herbosas de California. Los Ángeles, con sus poblaciones y distritos extremos, era una extensa mancha de luces multicolores a sus pies. El aparato, un poderoso cuatrimotor, fue remontándose en el azul limpio de la noche otoñal, fría, pero clara y serena. Una luna redonda, grande, amarilla, iba surgiendo a popa, bañando de luz las costas y las apacibles aguas del océano.

Shirley la miró pensativa, respirando hondo tras una pausa.

—Mírala, Mark —dijo suavemente a su marido.

—¿El qué? —preguntó él, distraído.

—La Luna. Parece mayor esta noche. Como si quisiera aproximarse a nosotros, para decir que ya somos un mismo mundo, sin fronteras. ¡Y pensar que los hombres han posado en ella sus pies! ¿Qué estarán haciendo allá arriba ahora, Mark?

—¿Quién puede saberlo? Posiblemente, helándose de frío bajo sus trajes del espacio y divirtiéndose con las jugarretas de la gravedad, más liviana que la nuestra. Lo mismo que haría cualquiera de nosotros, ante esa gran prueba.

—Es muy diferente, Mark.

—¿El qué?

—La realidad a la fantasía. ¿Recuerdas nuestras películas? Monstruos extraños de otros planetas, astronaves maravillosas y terribles, invasores de otros mundos... La auténtica conquista del espacio no puede ser así. Será científica, terriblemente aburrida y lenta. Hombres con madera de héroes pero

apariencia insignificante y hasta ridícula, serán los encargados de conquistar los nuevos horizontes. ¿No lo crees así?

—Posiblemente. La verdad es que no me preocupa demasiado todo eso. Estoy demasiado harto de novelerías interplanetarias. Incluso sentirme ahora suspendido en el aire, me produce la impresión de estar viviendo otro episodio de «Jim Plutón».

Asintió Shirley. Y con una sonrisa maliciosa, echó la cortina de la ventanilla. Los motores seguían ronroneando. Una azafata de rostro bonito pero inexpresivo y sonrisa estereotipada, como si la llevase dibujada e inamovible en la faz, sirvió bebidas. El invisible altavoz de un aparato de radio de a bordo comenzó a transmitir una suave música bailable.

Insensiblemente, los viajeros iban adormeciéndose. El silencio más absoluto se extendió a lo largo de la doble hilera de asientos. Incluso Mark y Shirley se sintieron ganados por la somnolencia.

Les arrancó de ella una voz destemplada y locuaz, justamente ante ellos, tras el alto respaldo del asiento situado delante de Shirley, en la ventanilla.

—¡El diablo me lleve! —chilló la voz, vibrante y sonora como un trueno. Varias cabezas giraron en dirección a su lugar de origen, y rostros indiferentes, somnolientos, parecieron un fugaz instante interesados en algo. Luego, volvieron a su sopor, en tanto que la voz seguía graznando con energías—: ¡Por todos los demonios, este avión no sigue la ruta indicada!

Mark brincó del sobresalto, asomando por encima del asiento.

—¿Qué es lo que dice usted? ¿Qué no vamos en la dirección debida?

Un rostro redondo, rubicundo, aureolado por una magnífica, rizosa, cabellera roja, y unos ojos muy azules, que brillaban a través de los cristales de unas gafas con montura de oro, se fijaron en él por encima de las mejillas cuajadas de pecas y de la nariz gordezuela y graciosa. El traje del hombre era elegante, pero no así su corbata, de un color que recordaba la ensaladilla rusa.

—¡Claro, señor! —masculló con veloces palabras, muy excitado, bizqueando ligeramente al hablar—. ¡Seguimos claramente la dirección oeste! ¡Vea, vea usted mismo!

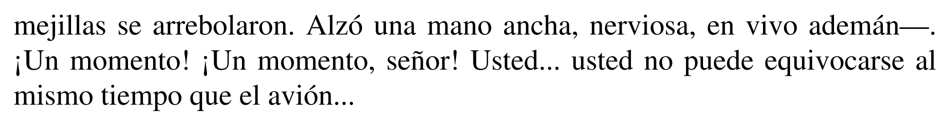
Mark miró a través de la ventanilla. El mar brillaba muy abajo, reflejando la luna en su tranquila superficie. Las lucecillas lejanas de un barco, oscilaban en la distancia.

—Claro que seguimos la dirección oeste —asintió—. Creo que es justamente dónde está Honolulú, si no lo han cambiado de sitio.

—¡Honolulú! ¡Mil diablos, claro que sí! ¿Pero qué puede importarme a mí Honolulú?

—Si va usted allí, es señal de que le importa.

—¡Y un cuerno! Yo voy a México, señor. De modo que sus bromas pueden... —se detuvo de pronto. Los azules ojillos brillaron alarmados, y las


mejillas se arrebolaron. Alzó una mano ancha, nerviosa, en vivo ademán—. ¡Un momento! ¡Un momento, señor! Usted... usted no puede equivocarse al mismo tiempo que el avión...

—Evidentemente —sonrió Mark, divertido, guiñando un ojo a Shirley que se había inclinado curiosamente hacia ellos.

—¿Entonces... entonces este es el avión de Hawái? —preguntó horrorizado el viajero.

—Eso parece —rio Mark alegremente.

—¡Oh, no, cielos! —gimió el otro, dejándose, derrumbar en el asiento.

—Y por lo que veo, no es precisamente el suyo.

—¡Claro que no! —airado, brincó de nuevo, poniéndose en pie. Extrajo un billete del bolsillo, con el sello de la Compañía de Navegación aérea—. ¡Véalo! ¡México City!

—Ya veo —asintió Mark, tras leer lo impreso en el billete—. ¿Por qué no va a indicárselo al personal del aparato? Evidentemente, ha sufrido una confusión.

—¡Y qué confusión! —se lamentó el otro—. ¡No podré asistir al juicio señalado, y mi cliente perderá su demanda!

—¿Es usted abogado?

—Sí, señor —de momento, pareció olvidar su apuro, y buscó mecánicamente una tarjeta en su bolsillo, que tendió a Mark—. Sidney Bartok, a sus servicios.

—Gracias —tomó la tarjeta. En aquel instante, una azafata apareció en la puerta de la cabina de mando. Mark se la señaló—: Vea, señor Bartok. Puede reclamar ya.

El otro se puso en pie. Era un hombrecillo pequeño y gordinflón, pero sumamente ágil para su peso. La cabellera roja le llameaba a medida que gesticulaba, presentando su billete a la azafata.

La empleada, con una sonrisa fría, excesivamente oficial, acogió sus protestas; luego desapareció en la cabina de mando con el billete, y volvió a salir poco después, con la misma expresión de antes, devolviéndoselo a Bartok con breves palabras.

—Me parece que el picapleitos no resuelve su situación. Habrá de ir a Honolulú, le guste o no —se burló Shirley Ann, divertida.

—Opino como tú: El avión no puede variar de ruta por el error de un viajero —al ver llegar al abogado, le preguntó cortésmente—: ¿Qué, ha resuelto algo?

—En absoluto —se lamentó Bartok, afligido. Tiró el billete con ira sobre el asiento—. Tengo que ir hasta Hawái, y allí tomar mañana otro avión para México. Perderé el día, y se verá el juicio. Mi cliente perderá, estoy seguro. ¡Es un desastre!

—Cálmese y tómelo en filosofía —le aconsejó Mark Davis—. Ya no tiene remedio.

—Sí, es cierto —le miró, con cierta simpatía. Sentóse, sin dejar de mirarles —. Gracias por todo, señor... ¡Eh! ¡Usted es «Jim Plutón»... bueno, quiero decir Mark Davis!

—Exacto —Mark torció el gesto—. Adiós al incógnito. ¿Le gusta el cine?

—¡Pestes, lo detesto! —bufó Bartok—. Pero, siendo abogado en Hollywood, uno conoce a todos los astros de la pantalla. Y usted no es de los menos populares...

Miró a Shirley Ann y la señaló, muy risueño y sorprendido.

—¡Shirley Ann Farmer! —exclamó, reconociéndola—. ¡Claro, ahora recuerdo! Ustedes son los que se han casado hoy, ¿no es cierto?

—Sí —rápido, Mark le hizo un gesto de silencio y miró en torno, preocupado—. Pero por Dios, no grite tanto. Si se enteran los demás, acabará usted con mi paz, amigo.

—Oh, descuide. Sid Bartok es siempre prudente —rió el abogado—. Y, si alguna vez me necesitan cualquiera de ustedes, llámenme sin vacilar. Tendré un gran placer en servirles.

—Gracias. ¿Es usted abogado criminalista tal vez?

—No, no, nada de eso. Mi especialidad son los divorcios... ¡Oh! —se tapó la boca, advirtiendo su patinazo, enrojeció más que nunca y, replegándose en su asiento con una sonrisa conejil, pareció de pronto tan interesado por el paisaje exterior, que no volvió a decirles palabra.

Mark y Shirley Ann se miraron entre sí. Luego, soltaron una carcajada

CAPÍTULO II

INCIDENTES IMPREVISTOS



A música en el altavoz de a bordo se había vuelto tan dulzona y melosa, que todo el pasaje dormía benignamente.

El avión, ronroneando incansable, continuaba su ruta.

Transcurría el tiempo...

Mark despertó repentinamente, con la conciencia de que algo anormal sucedía. Apartó su rubia cabeza del hombro de Shirley Ann, profundamente dormida, y miró en derredor intrigado.

Sin embargo, dentro del aparato, todo seguía siendo igual que antes. La música, filtrándose por las rendijas de los altavoces tenues, los pasajeros, reclinados en sus asientos, la luz tamizada de a bordo...

¿Qué era lo que le había despertado brusca y súbitamente convencido de que algo fuera de lo normal acontecía?

De pronto, el mismo hecho que le arrancara del sueño poco antes, y que la mente, todavía torpe, de Mark Davis no localizaba, se repitió para su asombro.

Un largo, prolongado, pavoroso trueno, hizo retemplar el fuselaje metálico del aparato, y estremeció los cristales de las ventanillas. El aparato perdió su estabilidad al bambolearse por un momento, en forma amenazadora.

¡Una tempestad! En noche tan diáfana y despejada, resultaba inconcebible. Pero las Hawái estaban alejadas de las costas americanas y todo era posible. Sin embargo, recordó vagamente el boletín meteorológico difundido poco antes de salir el aparato, por la torre de control del aeropuerto de Los Ángeles: «Tiempo despejado y estable a todo lo largo de la ruta aérea hasta Honolulú». Claro que los boletines del tiempo acostumbraban a equivocarse muchas veces, pero...

Una nueva sacudida del avión despertó a Shirley. Un nuevo, terrible estruendo, tamborileó bajo los pies de los viajeros. Sobresaltada, ella lanzó un gemido.

—¡Mark! ¿Qué es esto?

—Una tormenta, querida. No te inquietes —sonrió Davis, apretándole la

mano.

—Una tormenta... —ella frunció el ceño, alejando los últimos vestigios de sueño. Repitió, perpleja—: ¡Una tormenta! Pero Davis, si hacía una noche...

—Sí, ya lo sé. Sin embargo, es así —se inclinó, mirando a través de la ventanilla. Volvió a dejar caer la cortina con irritación—. Oscuro como boca de lobo. No se ve nada. Solamente algunos resplandores cárdenos allá abajo. Estamos sobre la tormenta.

—Ahora recuerdo que el boletín meteorológico del aeropuerto...

—También lo recuerdo yo. Pero eso no va a alejar la tormenta, Shirley. Cálmate, no ocurrirá nada...

En aquel momento otro trueno hizo retemblar el aparato. Eran descargas secas, ásperas, inquietantes, que se perdían en lejanos ecos. Alguno de los pasajeros se agitó un momento, pero continuaron dormidos, a pesar del estruendo.

La puerta de comunicación con la cabina de mandos, se abrió un momento. El rostro impersonal de la azafata asomó por él. Estudió al pasaje, y sus ojos se clavaron en Mark y Shirley con más fijeza que en los demás. Les sonrió con los labios, pero Mark tuvo de pronto la sensación absurda de que los ojos de la azafata eran malignos, casi perversos...

¡Qué tontería! se apresuró a decirse, mientras la puerta de la cabina delantera se cerraba suavemente, sin que la azafata saliera al corredor. Juzgó que empezaba a ponerse nervioso. Sin duda, era la tormenta.

Mark se inclinó. Su compañero de viaje, el abogado de Hollywood, dormitaba apaciblemente, olvidado sin duda incluso del error de su pasaje. A su lado, una máquina fotográfica aparecía envuelta en su funda de cuero con correíllas. Había una revista técnica de fotografía. Una cartera de piel negra y algunos periódicos.

De pronto, una descarga tormentosa más fuerte que las anteriores, inundó de vivísima luz cárdena el interior del aparato, y éste se estremeció, como herido de muerte. Shirley lanzó un grito intenso de terror, abrazándose a Mark.

Después, se advirtió fácilmente, con toda claridad, que el avión perdía altura...

Los pasajeros despertaron, si bien con poca estridencia. Se miraron entre sí, inquietos, en medio de un profundo, tenso silencio. Silencio que únicamente rompió de pronto la voz sonora, prosopopéyica, de Sidney Bartok.

—¡Cielos, nos vamos abajo! —clamó el abogado, con escaso sentido de la prudencia—. ¡Nos hundiremos en el mar, por todos los diablos!

—Vamos, cálmese, Bartok —le reprimió duramente Mark—. Si perdemos todos la serenidad, estamos listos. Posiblemente sólo sea un bache fuerte o una ligera avería.

—¡Pero si está todo más negro que la tinta! —graznó Bartok, lívido y sudoroso, asomándose a la ventanilla—. ¡Y qué relámpagos, cielos! ¡Jamás vi nada parecido! ¡Mire allí, Davis!

Mark siguió su indicación, a través de su propia ventanilla. Vio lejanos resplandores cárdenos, que podían ser relámpagos ininterrumpidos, pero cuya luz y color resultaban inusitados, deslumbradores. Parecían ir directamente hacia aquellos fulgores.

Los pasos por el corredor hicieron alzar sus cabezas a Mark y al abogado. Se encontraron con las dos azafatas de a bordo, frías y autoritarias, que les miraban con aire de reproche y gravedad a la vez.

—Señores, por favor. No alteren a la gente más de lo que están haciendo. No ocurre absolutamente nada. Hemos encontrado un temporal muy fuerte, y lo estábamos capeando cuando la última descarga ha averiado uno de los motores.

—Ello carece de importancia —continuó la otra, como si ambas sincronizaran sus pensamientos—. Y, si ahora vamos a tomar tierra, es simplemente para reparar la avería y continuar el vuelo normalmente...

—¡Tierra! —Bartok dio un respingo—. ¿Qué tierra? Creí que estábamos sobre el Pacífico.

—Sí, el señor tiene razón —asintió Mark, con expresión ceñuda—. ¿A qué tierra se refiere usted? ¿Alguna isla al azar?

Las dos azafatas se miraron entre sí, y por fin, de mala gana, una de ellas declaró, mirando fijamente al rubio actor de Hollywood:

—Será preciso decírselo, señores. El avión ha perdido su rumbo, ignoramos dónde podemos encontrarnos, y lo único que los pilotos saben, es que hay tierra bajo nuestros pies, al otro lado de esa tormenta. Si aterrizamos, será mejor para todos...

* * *

La azafata había dicho, después de deslizarse las ruedas del cuatrimotor sobre suelo firme, tras un rápido y hábil aterrizaje:

—Por favor, tengan ahora un poco de calma. Dentro de un par de horas reanudaremos el viaje, con rumbo concreto. Si lo desean, pueden salir al exterior. La tormenta ha quedado atrás y la noche es agradable.

Lo había dicho con tono tan mecánico que parecía recitar algo aprendido de memoria. Mark Davis se dijo que sin duda todas las azafatas de las líneas aéreas del mundo, tenían un lenguaje estereotipado para tales circunstancias. Los viajeros, en ellas, sufrían un trastorno, un grave percance. Para ellas, era un simple accidente profesional sin importancia. Lo mismo que un coche sin gasolina, en mitad de la carretera.

—¿Bajamos? —fue la pregunta que Mark hizo a su esposa.

—Sí, por favor —le rogó ella—. Creo que me sentiré mejor ahí fuera,

estemos donde estemos.

—No te puedo orientar mucho —sonrió Mark—. He mirado por la ventanilla cuando descendíamos y todo estaba oscuro como boca de lobo.

Ahora, estaban descendiendo por la escalerilla.

Mark se detuvo en el tercer escalón, contemplando con profundo asombro el paisaje que les rodeaba.

—¡Que me ahorquen! —oyó decir cerca de él al abogado Bartok—. ¿Dónde mil diablos estamos?

Shirley Ann, instintivamente, dejó de descender y se acurrucó contra Mark, mirando en torno con cierto temor. Lo desconocido asusta siempre a todos. Y aquello les era totalmente desconocido.

La llanura donde se había posado el aparato era sorprendentemente amplia e igual, sin otro relieve que el de unas singulares cimas azuladas en la distancia, recortándose contra el firmamento negro, espeso, sin matiz azul alguno, cruzado de bandas grises, plomizas, al parecer nubes densas y enormes, como jamás las había visto Mark en toda su vida.

La tierra que pisaban era árida, dura, agrietada como la de un desierto reseco, y tenía un curioso tinte rojizo, más intenso y a la vez más irreal que el de las zonas fuertemente arcillosas de los desiertos de Nuevo México y Arizona.

El aire que se respiraba aquella noche era agobiante, pastoso, como sólido. Mark experimentó una singular impresión de ahogo al aspirarlo con fuerza.

—Creo que al final hemos ido a parar a México —rió Bartok—. Si supiese que es así, me quedaría aquí, a esperar a que pasara alguien.

—No creo que tuviera mucha suerte —replicó Shirley—. Da la sensación de que por aquí no ha pasado un ser humano en mil años. Ni rastro de agua, ni de viviendas o poblados, ni caminos ni huellas... Como si fuera un mundo distinto.

Otros viajaros descendieron tras de ellos, y se dispersaron por la planicie, charlando o mirando curiosamente en derredor. Les tres compañeros de viaje permanecieron juntos, estudiando el lugar donde se hallaban.

—Resulta inconcebible —declaro Bartok—. Salimos para Hawái, y el avión sufre un desvió tal, que va a parar a un desierto. ¿Qué diablos de desierto puede haber en la ruta a Hawái, si se vuela sobre el mar? Por lo menos ha tenido que virar el rumbo del aparato en un ángulo de noventa o cien grados, para encontrar tierra firme de semejante clase. ¿Es que están locos y no saben su propia obligación y responsabilidades?

—¿Habéis notado el fuerte olor a amoníaco que despide el aire? —preguntó de pronto Shirley Ann.

Los dos hombres aspiraron con fuerza. Se miraron perplejos.

—Cierto —manifestó Bartok—. Amoniaco puro.

—Es raro —declaró Mark—. Yo también advierto otros olores minerales muy intensos. ¿Dónde diablos habremos aterrizado?

—Yo voy a fotografiarlo —gruñó Bartok—. Y procuraré indagar adónde hemos venido a parar, para cuando haga la oportuna reclamación a la Compañía.

Subió apresuradamente al avión, para regresar con su cámara, que dispuso rápidamente.

—Es de punto sumamente luminoso —explicó—. Se pueden tomar fotografías de noche. Ha servido para tareas de espionaje en la última guerra, y ahora se ha perfeccionado increíblemente. No necesitaré luz alguna para captar este paisaje.

Accionó un resorte e hizo una fotografía. Después repitió la toma. Al mismo tiempo, Shirley Ann se había inclinado, mirando a tierra, y con profundo estupor miraba algo, que mostró ahora a sus dos compañeros con una exclamación de asombro:

—¡Eh, miren esto! ¿Han visto alguna vez algo semejante?

Vivamente, se inclinaron a mirar. Mark Davis lanzó una interjección de asombro. Shirley estaba inclinada sobre una ancha grieta del suelo rojo y desértico. Por ella, estaba asomando, poco a poco, un extraño animal, no mayor que un gato. Se veían ya sus patas, reptando por el borde del terreno. Pero eso hubiera resultado normal, de ser realmente un gato u otra especie de felino o mamífero. Sin embargo... «¡Aquellas patas eran, exactamente, las de una hormiga!».

—Cielos... —Mark reflejó el horror en sus ojos dilatados—. Parece... parece...

—No parece —añadió Bartok roncamente—. ¡«Es una hormiga»! Pero acaso dos mil, tres mil veces mayor que la más grande de las hormigas que vi jamás...

Rápidos disparó su máquina contra el singular insecto, cuya enorme, redonda, brillante cabeza, asomó por la grieta. Shirley lanzó un grito de horror; que hizo volverse a varios pasajeros.

Mark Davis, sin perder momento, avanzó hacia el gigante insecto. Sin miedo alguno, levantó su pierna, le asestó un brutal patadón, que en vez de aplastar el cabezón negro y oval, lo arrugó con un chasquido áspero. Sin embargo, las patas de la aterradora hormiga cedieron en su presión sobre el borde de la grieta, y con un chirrido extraño, impresionante, se hundió de nuevo en la oquedad.

—¡Volvamos! —musitó Bartok, estremeciéndose. Miró en torno al paraje desértico, el cielo plomizo y negro, denso como una losa suspendida sobre sus cabezas—. No me gusta esto. He oído que en Nueva Zelanda se encuentran cosas que parecen imposibles. Tal vez hayamos ido a parar allí.

—Esto no es Nueva Zelanda —declaró tranquilamente Mark—. Además, existe la imposibilidad material de tiempo para que pudiéramos estar en semejante lugar...

—Pero esa hormiga tan enorme... —Shirley se aferró a sus brazos musculosos y fuertes, como lo hacían las heroínas de las películas de «Jim Plutón»—. ¿Imagináis lo que sería una hilera de insectos así, avanzando sobre uno?

Mark se estremeció, y Bartok perdió el color. Una voz sonó a sus espaldas:

—¿Ocurre algo, señores? Me ha parecido oír gritar a la señora...

Se volvieron. Un hombre con uniforme de piloto, insignias de la Compañía, y expresión afable, profesional, se enfrentaba a ellos.

—¿Dónde nos encontramos? —pidió Mark, dando un paso belicosamente —. Tienen ustedes que saberlo, que tener una idea remota o aproximada... algo positivo que nos oriente.

—Señor, la brújula ha sufrido una alteración inexplicable, la radio y el telégrafo no funcionan, y no podemos saber dónde estamos, porque la tormenta nos desvió. Es posible que hayamos ido a parar a algún punto de la baja California, pero no seguro.

—Acabamos de ver una hormiga gigante —declaró Shirley Ann.

—¿De veras? —el piloto enarcó las cejas—. Es posible. Hay especies raras en algunos lugares.

—Ésta era muy rara —añadió Bartok—. Tan grande como un gato.

—¿Se burla usted de mí?

—En absoluto —Mark señaló al suelo—. Salió de esa grieta. Era enorme.

El piloto se acercó al lugar señalado, con profundo gesto de extrañeza. Miró y remiró, volviéndose a ellos.

—No se ve absolutamente nada, señores —declaró reticente—. Tal vez vieron visiones.

—¡Lo vimos perfectamente todos! —cortó agriamente Mark—. Y yo la golpeé, sin que se mostrara afectada por el golpe. Pero resbaló, hundiéndose así. No era una alucinación.

—Bien —el piloto hizo un gesto—. El pasajero siempre tiene razón, señores. Acepto su palabra, y les presento mis disculpas. No soy culpable de lo que pueda haber en el lugar donde me he visto obligado a aterrizar por causas de fuerza mayor. Buenas noches.

Dio media vuelta brusca y se retiró. Bartok, Mark y Shirley Ann, observaron las sonrisas burlonas de los demás viajeros, al mirar hacia ellos y comentar en voz baja.

Por más que buscaron, no volvieron a ver rastro de la enorme hormiga.

Bartok tosió, congestionándose, cuando volvían con gesto preocupado al

avión.

—¡Demonio, parece como si cada vez pudiera respirar menos! —graznó furioso.

Shirley Ann y Mark se miraron. También ellos experimentaban lo mismo. Era como respirar gas, en vez de aire. Fue un alivio, oír la voz de la azafata, asomada en la portezuela del avión:

—¡Señores, a bordo! La avería está reparada, y reemprendemos el vuelo.

Todos regresaron, los tres en último lugar. Mark, todavía en el umbral, se volvió a mirar a la planicie sin fe, árida y agrietada, con aquel obsesionante cielo de pesadilla surcado de colosales bandas grises, cambiantes como las nubes.

—No lo entiendo... —musitó—. No lo entiendo...

—Señor, por favor —pidió la azafata, cerrando la puerta—. Vuelva a su asiento...

Mark obedeció de mala gana. Cuando el aparato despegó, miró atrás, a través de la ventanilla. El suelo rojo se alejó. Pero debajo del avión, en una extensión gigantesca todo seguía siendo llano, inhóspito, desértico. De pronto, creyó ver algo parduzco, inmenso, que se movía en la distancia. Un cuerpo de forma similar a un lagarto, pero que en proporción a la distancia, sería tres mil veces mayor. Reptaba, tenía vida...

Y de pronto, el aire se oscureció en torno al avión, todo se hizo gris, oscuro y espeso, borrando toda visión. Mark, pálido y con la expresión contraída, se reclinó en el asiento, pugnando por serenar sus ideas.

—Mark, cariño, ¿qué te ocurre? —preguntó suavemente ella.

—Nada —dijo roncamente—. Nada, Shirley...

¿Qué estaba sucediendo? Mark, antes de dedicarse al cine, había tenido una preparación universitaria, había estudiado y aprendido. Sabía que ni siquiera en Nueva Zelanda era posible encontrar hormigas gigantes y lagartos del tamaño de un elefante. Porque, si todo era proporcional, ¿qué medidas adjudicar a un paquidermo, a una fiera o a un saurio de gran tamaño? La sola idea aterraba.

La tierra misma, el aire de aquella zona, la densidad de su clima, el color del cielo... ¿dónde localizarlos? Ningún viajero o explorador habló jamás de nada igual.

Y por fuerza tenían que estar cerca, muy cerca de su punto de origen.

Miró su reloj. Estaba parado. Lanzó una maldición, y preguntó a Shirley Ann:

—¿Qué hora tienes, querida?

Ella alzó su brazo, mirando el relojito de pulsera. Se volvió intrigada.

—No sé. Está parado. ¿Y el tuyo?

—¡También! —rápido, Mark se echó adelante y pidió a Bartok—: ¿Tiene hora?

El abogado asintió, rebuscando su reloj de bolsillo, un antiguo modelo de oro, grabado con una dedicatoria en la tapa. Los ojos de Bartok y los de Mark se clavaron en él simultáneamente. Ambos se miraron, y el abogado leyó la inquietud en los ojos del actor.

—¿Qué mil diablos le ocurre? —preguntó—. Está parado. ¿Es eso algo tan extraño?

—Sí. Porque también lo están el de Shirley y el mío —declaró Mark.

El hombre de leyes lanzó una interjección y quiso poner en funcionamiento su reloj. No respondió. La maquinaria no funcionaba.

—¡Inaudito! —gruñó Bartok—. Es la primera vez que ocurre, en treinta años... ¿Qué cree que puede suceder? Una fuerte atracción magnética podría explicar...

—Sí, podría explicar lo de los relojes y lo de la brújula de a bordo —asintió Mark, impasible—. ¿Pero explicaría que hayamos visto una hormiga gigante en un paraje totalmente desconocido y extraño, y que yo viera desde el aire un lagarto colosal mayor que un elefante? ¿Es que acaso hemos vuelto a la prehistoria en unos minutos?

La música no sonaba ya en los altavoces de a bordo. El ronquido de los motores era muy suave, apenas audible desde el interior. Por eso, la voz sibilante, metálica, que surgió por el altavoz, con una brusquedad imprevista, llegó a todos los oídos:

—La prehistoria a que usted se refiere, señor Davis, ha quedado ya muy atrás —refirió, como si alguien, invisible, hubiera estado a su lado, escuchándole. Mark dio un respingo, y los lívidos rostros de Shirley y de Bartok se clavaron en el enrejado del altavoz, por donde aquel tono duro, dominante, seguía saliendo—: Es evidente que cuando el hombre salta la barrera de la luz y corre a mucha mayor velocidad que ésta, multiplica varias veces esa velocidad tenida por imposible hasta hoy, el pasado regresa para él, vuelve a sus ojos la imagen de lo pretérito. Usted, Mark Davis, y con usted todos nosotros, hemos salvado ya esa barrera. A tal velocidad, que la prehistoria del mundo «aún no existe». Y la imagen que a nosotros llega de la Tierra, es la de una esfera llameante, en formación, rodeada de brumas y de gases...

—¿Qué mil diablos están diciendo? —masculló Bartok—. ¿Es que se han vuelto locos?

—Seguro —rió Mark, forzadamente, sin apartar sus ojos de la rejilla—. Quieren hacerme interpretar una nueva película de «Jim Plutón», gastándome una broma pesada. Tal vez sea idea de H. H. Van Buren...

—Olvídese de sus problemas terrenos, Davis —continuó la voz, como siguiendo la charla—. Todos estos pasajeros que van con usted, «saben

adónde van». ¿No ve su expresión apacible, sin sorpresa ni recelos?

Mark se volvió, sobresaltado. Era cierto. Un pasajero de pelo blanco le sonrió, afirmando con la cabeza. Otro, llegó incluso a hablar:

—Sí, Viajero. El amo nos ha llamado. Y vamos a él. Es hermoso, ya verá...

Mark se aferró ambas sienes con las manos. Shirley le tomó con fuerza un brazo.

—No, cariño, no te desesperes. No estás loco. Todos oímos lo mismo. Espera a ver adónde van a parar con este disparate...

—¿Disparate, señora Davis? —la voz rió, en los micrófonos ocultos—. No, no hace usted otro film en Hollywood. Eso no existe ya: ni Hollywood, ni América, ni el cine, ni sus amigos... «Aún no ha nacido nadie en la Tierra». Con la luz, se rebasa también el tiempo, el espacio... ¡«Todo»! Y usted, Mark Davis, hombre incrédulo, puede comprobarlo. Basta alzar la cortinilla de su ventana. Antes, cuando aterrizamos, «ignoró que estaba pisando la tierra inmensa, colosal, del planeta Júpiter»...

—¡«Júpiter»! —el grito de Mark fue como el alarido de una fiera golpeada.

—Era la última estación del viaje inicial, de una primera etapa débil y lenta. A partir de allí, nada nos frena ni nos retiene. Mire por la ventanilla, Mark... Usted conoce bien el espacio. No es ningún ignorante. Vea dónde está ahora...

La mano febril pero firme de Mark se estiró hacia la ventanilla, apartó la cortina y miró...

Shirley Ann y él lanzaron a la vez una exclamación de infinito asombro, de total incredulidad. El horror, la magnitud impresionante e inconcebible de la maravilla que aquella voz anunciara, se ofreció ante ellos con toda su desbordante, colosal valía...

Porque Mark reconoció la enorme, ovalada mancha de luz que aparecía frente al avión, en el cielo inmenso, negro y diáfano, cuajado de astros fulgurantes, limpios y llenos de luz, como jamás viera Mark ningún otro firmamento.

La mancha blanca, fulgurante, vivida, se extendía sobre una porción colosal del cielo, cubría casi por completo la visión, con sus millones de puntitos, de luces suspendidas en la eternidad de los espacios siderales...

—¡Andrómeda! —rugió, oscilando entre la razón y el delirio—. ¡«La Gran Nebulosa de Andrómeda, una espiral formada por millones de mundos»... a dos millones de años luz de la Tierra!

CAPÍTULO III

LO IMPOSIBLE

NDRÓMEDA... Estaba allí mismo, enfrente de ellos, suspendida, con su fabulosa dimensión oblonga, centelleante, un mar de luz, de miríadas de chispas que significaban millones de astros, de mundos posiblemente habitados...

Como en cualquiera de las fantasías incongruentes de Van Buren, incluso más allá de su torpe imaginación y de la empleada por los guionistas de Hollywood, aquel decorado absurdo, imposible, formado por la negrura eterna de los espacios, y por la masa infinita de astros, de estrellas, de mundos ignotos e inaccesibles al hombre, estaba frente al otro lado del avión.

Mark, estupefacto, luchando por salir del marasmo en que se hallaba, pugnando ferozmente por encontrar una explicación lógica a aquel cúmulo delirante de sucesos, no veía la forma humana de justificar lo injustificable ni de explicar lo inexplicable.

Aquel seguía siendo el mismo avión. Y un avión no podía, en modo alguno, convertirse súbitamente en una astronave capaz de desarrollar velocidades inauditas, que el cerebro humano no alcanzaba a abarcar en un simple cálculo.

Si Andrómeda era real, si la «Gran Nebulosa M31» mencionada y fotografiada en todos los manuales astronómicos del mundo era aquella, la velocidad de la luz era para ellos lo que supondría en la tierra la velocidad de una tortuga junto a un reactor supersónico.

Mark no era ningún científico, pero sabía que, según Einstein, una velocidad infinita, crearía una masa también infinita. Sin embargo, no era así. Todo seguía normal, el avión resistía la espantosa velocidad, ellos eran los mismos, sus naturalezas no sufrían alteración... ¡e incluso habían pisado Júpiter, el planeta gigante, a trescientas sesenta y siete millas de la Tierra!

Un planeta en el cual hubieran tenido que pesar tres veces más cualquiera de ellos, por la mayor gravedad del mismo. Un planeta rodeado de gases tóxicos y densísimos, con una temperatura media de hasta doscientos grados Fahrenheit, y con un aire cargado de gas metano, de amoníaco, pero nunca de oxígeno. ¡Y todos habían respirado, todos habían pesado y se habían movido exactamente igual que lo harían en la Tierra, salvo alguna ligera dificultad respiratoria!

Júpiter, el coloso de los mundos solares, había sido hollado por el hombre, sin que el hombre supiera aún cómo pudo hacerlo. Decir que habían llegado en él a bordo de un vulgar cuatrimotor terrestre era hacer oposición a un manicomio. Y, sin embargo, tenía que ser cierto... o jamás Andrómeda hubiera estado frente a ellos.

Los demás pasajeros no se alarmaban, no se movían, no hacían gesto alguno desusado, ante aquella voz que recitaba cosas tan increíbles. Ni siquiera se molestaban en comprobarlo a través de las ventanillas; y, si alguno lo hacía, era con la natural indiferencia que produce aquello que ya se da por conocido o esperado.

¡Pero todos aquellos viajeros eran hombres como él! ¡Terrestres, humanos, normales... y sin embargo, sabían «a dónde» iban y sin duda también por qué lo hacían!

Mark Davis era hombre de gran entereza y dominio de nervios. Sin embargo, se puso en pie de un brinco, después de frotarse los ojos, comprobar que Andrómeda seguía allá, en la distancia, y que incluso... incluso estaban dejándola atrás perceptiblemente, a pesar de que en el vacío, un vehículo jamás podría advertir el movimiento por la ausencia de puntos de referencia. Tenía que ser una velocidad tan fabulosa, tan increíble y espeluznante, que nebulosas enteras, sistemas de mundos por millares, se veían retroceder, a medida que avanzaba el avión, como un mal diorama hollywoodense para una «science-fiction» en tecnicolor y cinerama, de las que hacía Van Buren.

—¡No puede ser! —exclamó, avanzando a la carrera hacia la puerta de la cabina de los pilotos.

La abrió de un empellón, y se enfrentó con una azafata que le miró sonriente, erguida junto al operador de radiotelegrafía.

—Por favor, señor, vuelva a su asiento —pidió ella—. Está prohibido entrar aquí.

Mark no la hizo caso. Y cuando quiso ponerle una suave mano encima, el joven la dio un empellón, arrojándola a un lado. El radiotelegrafista le miró, ceñudo, y exclamó algo.

Los pilotos se volvieron, junto con la otra azafata.

Eran dos: el que les hablara en el sitio de aterrizaje forzoso, y el que acompañaba a este en su tarea de capitanear la nave aérea. Ambos fuertes, recios y de expresión poco amistosa ahora, contrastando con su anterior afabilidad.

—¿No ha oído lo que le dicen? —censuró el telegrafista, irguiéndose junto a él y dejando los auriculares—. ¡Vamos, salga de aquí enseguida, señor!

Mark estaba cuadrado belicosamente ante él. Le clavó una mirada dura, centelleante.

Gritó:

—¡Atrévase a echarme usted, si le es posible!

El telegrafista tampoco era débil ni falto de resolución. Se lanzó sobre Mark, enarbolando sus puños, y los disparó contra el mentón cuadrado del joven.

Sólo que no encontró lo que buscaba, porque una rápida, agilísima finta, de Davis, dejó el aire en el lugar que poco antes ocupaba él. Y, por contra, el telegrafista se encontró contra su plexo solar y su ceja un doble impacto igualmente demoledor, que le proyectó aparatosamente atrás, golpeando el cuadro de instrumentos de radiotelegrafía a bordo, y quebrando varias lucecillas encendidas, que se apagaron en el acto.

—¡Tengan cuidado! —rujió el piloto, empezando a incorporarse en su asiento, dejando fijo el piloto automático.

Pero el telegrafista, demasiado espoleado por el doble mazazo de su antagonista, no tuvo precaución de ninguna clase. Se incorporó, algo tambaleante, sacudiendo la cabeza para despejarse, y cargó con virulencia contra Mark Davis.

Esta vez, pese a la finta rápida de Mark, el joven actor cinematográfico recibió el cabezazo brutal del atacante, exactamente sobra su estómago. Se dobló, sintiendo un agudo, lacerante, dolor. Un directo brutal al mentón le alzó, lanzándole atrás. Entonces, fugazmente, captó la presencia de la azafata, que levantaba una llave inglesa para descargarla sobre su nuca en el momento propicio.

Aun en su repentino aturdimiento, Mark tuvo la serenidad suficiente para no caer, aferrándose al marco de la puerta de la cabina de mandos, y disparando su pierna derecha contra la uniformada joven. El pie de Mark la golpeó en la muñeca armada, y la llave inglesa brincó, escapando de sus

dedos, mientras ella lanzaba un chillido de dolor.

El piloto se movía rápidamente hacia ellos, con expresión furiosa. Mark se anticipó a su interposición, saltando adelante con inesperada energía y elasticidad, tras un solo segundo de recuperación, y el telegrafista se echó a un lado para eludir su ataque.

No le fue posible. Mark le disparó una tanda tal de impactos al rostro e hígado, que el funcionario de a bordo, lanzado de un lado a otro, acabó rodando por tierra, inconsciente.

Mark se inmovilizó al sentir una presión en el costado. Se volvió. Era el piloto. Lo que presionaba su cuerpo era una automática presta a disparar.

—Vaya, si es usted... El hombre que vio una hormiga de Júpiter. ¿Ya sabe la verdad de su viaje? —preguntó suavemente el piloto.

—¡No es posible que sea ese la verdad! —replicó Mark jadeante—. ¡Nos han dado alguna droga que nos permite ver lo que en realidad no es posible que ocurra nunca!

—No le falta razón, señor —sonrió el piloto—. Tomaron una droga, sí, a poco de salir de la Tierra. Lo que ustedes creyeron un refresco, goma de mascar... no era sino la droga que precisaban. La que les permitiría respirar sin aire, sostenerse sin gravedad o pesar igual con una gravedad mil veces superior. No es una droga, pero puede llamársele así. Digamos más bien que es la metamorfosis del ser humano en ser perfecto capaz de vivir en cualquier medio. Increíble también, ¿verdad? Vea entonces eso, señor. Mire ante usted la grandiosidad sin límites de los mundos...

Mark clavó los ojos en el morro transparente del avión, en las grandes vidrieras curvas apuntadas al espacio.

Era inverosímil, fabuloso. Como una visión incandescente de los cielos, más allá de donde jamás el hombre soñó en llegar. Andrómeda apenas si era una mancha de luz, muy lejos, a su derecha. Ante ellos, enormes, vastísimos sistemas solares, giraban en la obra ingente de la Creación, formando núcleos de luz y de movimiento. Jirones de nebulosas formados por cientos, por miles de mundos pálidos y esféricos, pasaban ante los ojos maravillados, incrédulos, del viajero de los espacios.

—No... Oh, Dios mío... —inclinó el rostro, ocultó los ojos tras sus manos —. No es posible... Esas distancias, esos mundos... esas velocidades... ¡y en un simple avión!

—«Era» un simple avión, al despegar de Los Ángeles. Ya no lo es. Ahora es el vehículo estelar, la cara de mentes prodigiosas que usted jamás sospechó, que nadie sospechábamos hasta acudir al «amo»...

Era la segunda vez que alguien hablaba del «amo». Con respeto y entusiasmo. Pero algo le dijo a Mark que aquel «amo» no era un ser normal, un ente humano. Sintió miedo en ese momento, un miedo que jamás le hubiera inspirado cosa alguna.

El piloto apoyaba sus manos en los mandos, sin moverlos. Sonrió a Mark.

—Creo que debe volverse a su asiento, junto a su esposa. Un hombre puede enloquecer, al enfrentarse con algo tan insospechado. Cualquier cosa que su mente pida conocer le será referida por esa voz de los micrófonos.

—¿Qué voz es esa? —dijo roncamente Mark—. ¿De dónde viene?

—Es una voz que se forma sola. La voz que responde a las palabras y a los pensamientos, materializada por el «amo». El sonido tiene ahora forma, solidez. Y las moléculas, los átomos de sonido, enlazados a voluntad, forman palabras, voz.

—¡Los sonidos carecen de forma! —gritó Mark—. ¡Todo esto es un puro disparate!

El piloto, ante el asombro de Mark, asintió:

—Sí, usted tiene razón. Los sonidos nunca tuvieron forma, y ahora la tienen. Esto es un puro disparate... pero está ocurriéndole a usted. Ha pisado Júpiter, sin descubrir otra cosa que la dimensión anómala de sus seres. Está viajando a millones de años luz de la Tierra, a bordo de un simple avión terrestre. Imposible... pero sucede. Si le dijeran que puede abrir la puerta del avión, salir al vacío, fíjese bien, al vacío, y «caminar por él», a la velocidad que deseara... ¿pasaría a creerlo?

—¡No! No puedo creer nada de todo esto. No diga más absurdos.

—Bien, haga la prueba. Usted andará por el vacío, como si éste fuera tierra firme. No podrá huir a este vehículo, porque el «amo» lo prohíbe. Pero puede salir, no tema. Yo le digo que sucederá. Las Leyes enteras que rigen el Universo, la portentosa máquina de los mundos, las gravitaciones y los Sistemas, han sufrido una alteración; la única, la mayor y más colosal de las alteraciones. Tiempo, espacio, no significan ya nada. Pasado, presente y futuro, luz y sonido, todo deja de tener sentido ya... ¿y sabe por qué?

Mark, aturdido, seguía mirando hacia el morro del avión. Los mundos desfilaban, azulados, rojos o amarillos, a velocidad fabulosa frente a ellos. Como globos flotando en el vacío, que pasaban ante sus ojos y eran engullidos por la noche eterna de la nada.

—¡Porque todo ha cambiado! ¡Porque ha dejado de serlo, para moverse, para cambiar, para morir! ¡Las leyes del Cosmos se han hundido en el desastre, y otras leyes nuevas, que permitirán el dominio total del Universo, han entrado ya en vigor!

Parecía hablar en serio, decir aquellas fantasías inauditas con plena razón. Mark, fascinado, miró a los seres que le rodeaban, dudando de su cordura y de la de ellos. Shirley y Bartok, temerosos, habían aparecido tras de él en la cabina de mandos, y escuchaban, alelados, aquella terrible revelación. Sus ojos, se perdían en la contemplación de los mundos y de su negrura circundante, sin comprender nada de aquel prodigio.

La Ciencia había aceptado últimamente la posibilidad de conquistar en breve los espacios. Ingenios del hombre se habían posado en la Luna. Pero era algo lógico, fríamente científico y mecánico, premiado con el éxito. ¿Qué lógica, que frialdad mecánica o científica podía haber en aquello?

Un avión no puede salir de la atracción terrestre, un avión no posee un fuselaje capaz de resistir velocidades superiores a las normales. Un avión, en suma, no podía nunca haber realizado el prodigio, por mucha que fuera la maravilla de un motor superior introducido en él. Además, ¿qué cuerpo podía viajar a velocidades de millones de millas? ¿Y qué seres resistirlo sin advertir nada anormal?

Mark habló ronca, fríamente, resuelto a resolver sus dudas de una vez para siempre:

—¿Es cierto que si abro la puerta del avión, caminaré en el espacio?

—Completamente cierto —sonrió el piloto—. Haga la prueba. No le engaño.

—¡No, Mark! —chilló Shirley Ann—. ¡Es un absurdo, jamás ocurrirá tal cosa!

—Me alejaré flotando en el vacío, si no existe la gravedad —anunció Mark.

—Eso era «antes», recuérdelo. La mecánica del Universo ha cambiado.

—Necesitaría un depósito de oxígeno para respirar. En el vacío me ahogaré. Y el cuerpo se helará, si no le cubre un tejido especial protector —avisó Mark, serenamente razonador.

—También esas leyes inmutables dejaron de contar. Usted andará, respirará y no sentirá frío. Ha tomado la misma droga que todos los que viajan a bordo, recuerde que se lo dije. Es ya un «superser».

—¿Un... «superser»? —la mente de Mark enloquecía ante tanto imposible.

—Es otra de las leyes de la Creación, cambiada por completo: la vida y la muerte.

—Nadie puede cambiar la vida y la muerte —dijo, serena, Shirley Ann.

—El «amo», sí puede —rio el piloto.

—¿El «amo»? —repitió asombrada Shirley—. ¿Quién es?

—Lo sabrá pronto —malicioso, el piloto miró a Mark—. ¿Se atreve a salir?

—Sí —dijo sencillamente Davis.

—¡Oh, Mark, no puedes hacer eso! —gimió Shirley—. ¡Morirás en el espacio!

—Escucha, querida —Davis la tomó por los brazos con energía—. Algo ocurre en el Universo, algo nos ocurre a nosotros. No sé lo que es, ni tal vez lo sepamos nunca. Es demasiado grande, demasiado colosal para nosotros. Pero

sé que es cierto que viajamos a millones y millones de años de luz de la Tierra. No sé tampoco de qué forma. No estamos soñando ni vemos alucinaciones, Shirley. Y si eso ha sido posible, es que todo, absolutamente todo, ¿comprendes? ha cambiado en el Cosmos. Nosotros, los mundos y sus leyes... Si es así, admitamos la realidad fríamente, sin volvernos locos. Si no... veamos una explicación lógica, voy a salir al exterior, Shirley. Contra todo riesgo, comprobaré si este absurdo es real, o si hay otra explicación posible.

—Es usted un hombre valiente —dijo el piloto—. Le juro que nada va a ocurrirle... pero usted eso no lo sabe, al arriesgarse a salir. Vamos, señorita, acompáñele.

Una azafata se acercó a Mark, sonriéndole con aquel artificio que tanto había intrigado al joven actor de Hollywood durante el viaje. Ahora comprendía mejor. Los viajeros, los tripulantes de aquel avión, eran todos voluntarios de aquel viaje sin destino. Sabían adónde iban y cómo iban, cosa que Bartok, Shirley y él, por razones que Mark ignoraba aún, nada sabían de la pesadilla inconcebible que les aguardaba en aquel sencillo vuelo a Hawái...

—¡No...! —protestó todavía, patética, la linda Shirley.

—No tema, señora —sonrió el piloto—. Su marido no sufrirá daño. Volverá al avión, y será el primer hombre de la Tierra que camina por los cielos. Eso le convencerá para siempre de que ahora todo es diferente en el Universo.

Mark había llegado a la puerta del aparato. Los viajeros le miraban con una curiosidad en modo alguno exagerada. Como si les divirtiera el escepticismo de su compañero de viaje, y esperaran que ahora saliese convencido para siempre.

La azafata abrió la puerta. No se experimentó cambio alguno en la temperatura interior, no hubo absorción por el vacío o pérdida del aire respirable por el contacto directo, sin prevenciones, con el espacio exterior.

Como en sueños, Mark Davis, el joven y atlético galán del cinematógrafo americano, avanzó hacia la puerta prodigiosa de lo desconocido, hacia la aventura más inquietante e inaudita de la especie humana...

Un grito terrible escapó de labios de Shirley Ann, cuando Mark Davis cruzó la línea del umbral entre la realidad y el imposible.

El pie derecho de Mark se adelantó, pisando el vacío. Siguió después el izquierdo...

CAPÍTULO IV

DESTINO ALUCINANTE



ARK experimentó acaso la sensación más extraña y a la vez electrizante, emotiva, de toda la vida. Abandonar el suelo relativamente firme de un avión para posarse sobre la Nada, suponía el cruce de una frontera inexistente pero asombrosa: la que delimitaba lo cierto de lo inmaterial.

El primer hombre que lo vivió, pudo decir después que no había sentido absolutamente nada. Sólo una fuerte impresión de ligereza, una ingravidez tal, que parecía poseer las soberbias alas de un cóndor.

Pero sin alas, sin medio alguno artificial, Mark Davis fue el primer ser humano que caminó por el vacío, que pisó la nada, sin caer, flotar ni perder la firmeza bajo las suelas de sus zapatos.

¡Estaba avanzando, moviéndose en la inmensidad sin aire de los espacios intergalácticos!

Y su propia mente, que funcionaba con una nitidez y pureza increíbles en aquel portentoso momento, le dijo la asombrosa verdad de que caminaba a velocidades infinitamente superiores a la de la luz. La permanencia del avión, con sus motores ronroneantes y las luces de sus ventanillas, viajando junto a él en la misma remota dirección, marcaba esa certeza.

Porque los astros se movían en torno suyo, se alejaban ostensiblemente, y eso no hubiera sido posible, en zonas donde el movimiento no era apreciable por la ausencia de referencias.

Un frío glacial golpeaba su rostro, sin ráfagas de aire, pero no penetraba en su organismo, como si él mismo estuviera hecho de durísimo metal, resistente a todos los elementos. Miró abajo, a sus pies. Un abismo insondable, infinito, negro y vacío, le mostraba las salpicaduras de luz de los lejanos astros. Pensó en la Tierra. ¿Cuántos millones de millones de millas le separaban de ella ahora? La cifra posiblemente escapaba a un cálculo de la mente humana.

¿Qué era lo que podía haber trocado el Universo todo, anulando la gravedad, el vacío, el frío y el calor, el aire respirable, los límites de velocidad, de espacio y de tiempo de los hombres y de los ingenios humanos?

Era cierto lo que dijera el piloto. Algo había cambiado en el Cosmos. En realidad todo había variado... y ellos mismos con ese todo.

Shirley Ann asomó a la puerta del avión. Extendió sus angustiados brazos hacia Mark.

—¡Por Dios, Mark, vuelve! —rogó—. ¡Abandona ese diabólico juego!

—No es un juego, Shirley —dijo Mark gravemente. Y su voz sonó extraña en el vacío, se extendió, sonora y vibrante hasta el avión—. Esto es lo más terrible y pavoroso que jamás le ocurrió a ser viviente alguno. No sé por qué, nosotros hemos sido elegidos para vivirlo. Pero ya no pienso en nosotros, sino en el resto de la Humanidad. ¿Cuál será el destino de los hombres ahora, cuando las leyes físicas, justas y medidas, han sufrido tal alteración, dictada por una mente enloquecida y necia?

—¡No diga atrocidades! —gritó el piloto, asomando a la puerta del avión —. ¡Está ofendiendo al «amo»! ¡Su mente poderosa es la que ha llevado a cabo el prodigio, como rige ahora nuestras voluntades y nos lleva hacia su dominio maravilloso!

Mark no replicó. Su mente aguda, fría y reflexiva, empezaba a duras penas a sobreponerse y adaptarse a las anómalas circunstancias existentes. Fuese quien fuese el «amo», era evidente que los ocupantes de aquel avión creían en su condición de superhombre. Y Mark empezaba a sentir dentro de sí la seguridad absoluta de que aquel ser extraño e ignorado, a quién todos llamaban por el escueto y tajante nombre del «amo», era real, existía en alguna parte. ¿Pero dónde podía ser? ¿Quién o «qué» sería el controlador de aquel puñado de marionetas humanas, de viajeros desplazados hacia un destino desconocido, en los que alguna ciencia infernal había imbuido grotescas creencias ciegas, hacia un ser que sólo pretendería enloquecer al Universo, trastornar la armonía de los mundos y de las cosas?

—Además, no debe preocuparse de nuestros semejantes —agregó el piloto —. Recuerde que hemos rebasado la frontera del tiempo, en razón de nuestra fabulosa velocidad. Los hombres, para nosotros, no han nacido aún en la Tierra... ni siquiera existe esta aún.

—Existimos «nosotros» —replicó Mark duramente—. Y eso es lo que cuenta. Para mí, sigue existiendo todo, sea pasado, presente o futuro. Su

propia razón echa por tierra lo que alega. Cuando el tiempo no existe... no se puede decir «todavía», ya que eso implica que llegará a ocurrir, y si no hay tiempo, no puede haber futuro.

El piloto pareció perplejo. Miró a Mark fijamente, viéndole andar junto al avión.

—¡Está bien, déjese de razonar como un filósofo! —graznó—. ¡Entre de nuevo, y seguiremos normalmente el viaje! Después de todo... ahora ya sabe usted la verdad.

—Sí —Mark suspiró, girando con facilidad el cuerpo, que ahora gravitó hacia el aparato, en el que penetró como flotando—. Sé la verdad... y sólo puedo sentir horror.

—¿Horror? ¿De qué?

—El mundo era ya bastante malo de por sí. Ahora, todo será mucho peor.

—Por el contrario, amigo —rió el piloto, mientras la azafata volvía a cerrar la puerta, y todos tomaban asiento, sumidos en desolador mutismo—. Ahora, todo será perfecto. Adonde vamos, no existe el mal. Ni siquiera la edad, el odio o la ambición.

—¿Cuál es ese destino? ¿Un nuevo Shangri-Lah? —preguntó Mark.

—¿Shangri-Lah ha dicho? —el piloto rió—. ¡Oh, no! Es algo que usted jamás imaginaría. Ni ser viviente alguno. Está más allá de lo imaginable, más allá de cuanto nos rodea...

Hablaba con un fanatismo, con una convicción tal, que parecía como si en vez de ser un terrestre, igual que él mismo, perteneciera a esos lugares ignotos e inaccesibles a los que se refería con tal seguridad.

Al tiempo que hablaba, había descuidado un poco la vigilancia de Mark Davis con su pistola automática, que en ningún momento había dejado de empuñar desde que Mark derribara al telegrafista.

Rápido, sin vacilar un solo instante, Mark saltó sobre el piloto. Fue un brinco tan ágil, preciso y elástico, que sorprendió a éste, derribándole contra un muro de la carlinga, y perdió el arma. Mark la recogió, al vuelo, con un giro inverosímil de su flexible cintura, y sin vacilar encañonó al reducido personal de a bordo.

—¡Ahora mando yo! —ordenó, tajante—. ¡Y será mejor que ninguno de ustedes intente nada, o dispararé... a matar!

Las azafatas, el piloto, e incluso los ocupantes del aparato, le miraban con una cierta indiferencia, como si no esperasen peligro alguno de aquel hombre armado. El hombre abatido, se incorporó, apoyándose con ambas manos en la pared del avión. Miraba maligna, duramente, a Mark. Su mirada recordó al joven la que sorprendiera en una ocasión a una de las azafatas, y que tanto le sorprendió. No le gustaba aquella gente, no le gustaba ser un juguete en sus manos, y mucho menos viajar hacia un destino remoto e inaudito, por muy

superior que fuese la voluntad de quien lo dispuso así.

Para su sorpresa, el piloto habló sereno, burlón, dueño de sí por completo:

—Me gustaría que disparase. Eso le enseñaría algunas cosas más que todavía ignora... y que tal vez le sea conveniente saber. Recuerde que las leyes han cambiado...

—¡Me importa un cuerno! —rugió Mark, adelantando su arma—. ¡No hay ley que cambie esto! ¡Todavía una pistola es capaz de matar a un hombre, si se dispara con acierto!

—Pruébelo —sonrió el piloto, avanzando hacia él. Tras de él lo hacían las azafatas, con la misma expresión irónica de superioridad absoluta.

—¡No avancen más! —ordenó Mark, tajante—. ¡Vuelvan este trasto a la Tierra o les volaré la cabeza! ¡No se muevan o disparo...!

Siguieron adelante. Mark apretó el gatillo. Una, dos, tres veces...

Ocurrió algo inaudito, fantástico de todo punto.

Los proyectiles empezaron a salir, brotando del arma con delgados, sibilantes chorros de luz anaranjada, que empujaron el plomo mortífero, candente, contra los que se habían adueñado de la nave aérea en un acto de asombrosa piratería del espacio, sin precedentes en la historia de la aviación, e incluso en la misma historia del mundo.

Pero en vez de empezar a derribar a los que sufrían su impacto de muerte, las balas cruzaban por sus cuerpos, perdiéndose luego con rebotes escalofriantes entre los muros del aparato, sin dañar a nadie, ni siquiera al propio fuselaje metálico del cuatrimotor.

Y lo más sorprendente de todo es que al cruzar los proyectiles a través de los cuerpos, lo hacían sin dejar otro rastro que unas quemaduras redondas, unos orificios de chamuscados bordes, sobre las ropas de los funcionarios de a bordo, pero sin causarles en apariencia el menor daño, y sin afectarles en lo más mínimo, en su avance paulatino hacia Mark.

El joven galán de la pantalla americana siguió disparando su arma, poseído de una furia violenta, e implacable, hasta que el gatillo cedió bajo su presión, sin que el cañón vomitara más balas. Había agotado el cargador.

Estérilmente además porque el piloto ahora se detenía ante él, con su sonrisa imborrable y le tendía una mano abierta, pidiendo suavemente:

—Y ahora que ya está convencido, ¿quiere devolverme mi pistola, por favor?

Mark no se la devolvió. Le cayó de los dedos, rebotando sordamente en el suelo del aparato, mientras la mirada penetrante, aguda, del joven americano, se clavaba con asombro sin límites en aquellos seres milagrosos que aparecían ante él.

De no haber oído silbar el plomo y visto cómo agujereaba las ropas en impactos que tenían que haber sido mortales de necesidad, hubiera,

sospechado que el arma estaba cargada con pólvora sola. Pero no era, así. Eran balas las que llevaba dentro, y balas eran las que él había lanzado sin resultado alguno sobre sus extraños contrarios.

El piloto recogió su pistola con una risita sarcástica. No parecía amenazador, ni tampoco sus compañeros. Se limitó a manifestar con tono afable, conciliador:

—Que un cuerpo pesado, disparado a velocidad enorme, perfore otro cuerpo es una Ley física, después de todo. El «amo» no habría logrado alterar totalmente esas leyes, si una tan sencilla y elemental como esa no estuviera también abolida por su poder. Un proyectil, por mucha que sea su velocidad, no puede con nosotros, señor. ¿Comprende ahora bien lo que he pretendido decirles antes?

—Parece una pesadilla sin sentido ni coherencia —jadeó Mark, abatido—. No lo entiendo todavía, no logro entender nada de todo esto...

—Lo entenderá pronto... cuando lleguemos a nuestro destino.

—Nuestro destino... Cielos, es lo que menos consigo comprender. ¿Cuál es, en realidad?

—Tiene un nombre corto y sencillo, señor... Está más allá del Universo... Los que allí viven son siempre jóvenes y fuertes, porque no existe la edad... ¡Se llama «Eterna»!

* * *

—Más allá del Universo...

—Por favor, Mark, no te tortures más. Abandona esa idea. No puede ser cierta.

Los ojos centelleantes, entornados, del joven Davis, se fijaron en Shirley con intensidad. Los poderosos músculos del joven, bajo sus ropas, estaban hinchados y en tensión.

—¡Es cierto, Shirley, tiene que serlo! —musitó—. Todo lo ha sido hasta ahora...

—Pero el Universo es infinito. No tiene límites... ¿cómo puede haber un «más allá»? Ni siquiera a los escritorzuelos de Van Buren se les ocurrió jamás semejante disparate.

—Tampoco se les hubiera ocurrido todo lo demás. Tenemos que adaptarnos a lo que nos ocurre, Shirley, o terminaremos enloqueciendo. Yo lo he procurado por todos los medios, he tratado de decirme que todo lo que nos sucede «puede suceder», y de ese modo he llegado a dominar mi mente. De otro modo, la razón peligra.

—¿Crees en ese lugar perfecto y maravilloso descrito por ese hombre?

—No sé qué creer, querida. Me limito a esperar, a esperar lo que sea...

—Mark, ¿y por qué ese piloto, esas azafatas, estos viajeros que nos

acompañan, personas completamente normales al parecer, e idénticas a nosotros, aceptan con tal sumisión el estado de cosas que estamos viviendo? ¿Por qué elogian a ese ser superior a quién llaman el «amo», por qué saben adónde vamos y lo que nos espera, si son también seres terrenos que desconocían todo esto?

—No sabemos si lo desconocían, Shirley —declaró Mark, reflexivo—. Y, aun siendo así, es evidente que les mueve y controla una fuerza y voluntad superior, proyectada sabe Dios cómo, a través del espacio. La misma energía que ha creado voces que no existen y dotado de forma a lo informe, la misma fuerza extraña y asombrosa que ha cambiado el curso de las leyes físicas universales, es capaz de eso. Y de mucho más, Shirley, hay que habituarse a esa idea. Incluso de existir tras unos límites que creíamos inaccesibles.

—¿Y más allá de esos límites?

—Más allá... no sé. Tal vez encontremos entonces la verdad, y el sueño de estos mesiánicos y locos termine precisamente donde empezó: en la misma Creación, de un orden perfecto y maravilloso que para bien de todos seguirá existiendo, cuando esto acabe.

Una carcajada estridente, metálica, hirió los oídos de ambos. Mark se detuvo, girando el rostro endurecido hacia el altavoz. También Shirley, apretando un musculoso brazo de Mark con energía. Y en cuanto a Bartok, dio un respingo en su asiento, mirando, con pavor a la rejilla que difundía ahora los sonidos.

—Te voy oyendo, Mark Davis —recito la voz extraña, de incisivas aristas —. Me divierten tus teorías y esperanzas. Eres inteligente, desde luego. Muy inteligente. Por eso mismo permito que sigas viviendo. Pero cometes el error de no creer en el «amo». Y esa es la gran equivocación tuya, porque te ha sido demostrado que las leyes físicas más inalterables, se pueden cambiar y trastornar. ¿No es ésta la mejor prueba de nuestra fuerza y dominio de la mecánica de los mundos?

Mark inclinó la cabeza. Profundas arrugas surcaban su frente amplia. El cabello dorado arrojaba sobre ella un mechón rebelde, rizoso.

—No sé —mintió. Y mentía porque en su interior, aún no creía en la soberbia potencia de aquel enigmático ser situado más allá de los astros y de las galaxias—. No puedo saber... Es todo demasiado confuso todavía. Tal vez algún día llegue a convencerme.

—Tu convicción llegará pronto, Mark Davis —rió la voz—. Estamos llegando al final de nuestro viaje.

Los nervios de Mark se tensaron. Miró a través de la ventanilla. Únicamente descubrió negruras. Todo oscuro, sin luces, sin estrellas... Un escalofrío le recorrió. ¿Sería cierto? ¿Era aquel el final, el límite de todo lo creado?

—Sí, Davis —dijo la voz—. Ya no hay vida en torno nuestro. Quedaron

atrás los mundos, las galaxias, los sistemas solares. Esto es la nada. La nada absoluta. Sin luz, vida ni forma...

¡«La nada»!

Mark Davis sintió un sudor helado en todo su cuerpo. Miró, muy pálido, a Shirley. Ella apretó su mano con otra febril y ardorosa, que, sin embargo, temblaba.

—Dios mío... —susurró Mark.

—El viaje va a terminar, Davis. Sed bienvenidos a Eterna. Los «superseres» os aguardan... y el «amo» a su frente...

Mark no respondió. Era tal la magnitud de aquel anuncio. Una región con seres vivos, eternamente jóvenes... «Más allá del Universo».

Y ellos estaban viajando hacia ella, acercándose ya...

Pegó el rostro a la ventanilla, no queriendo perder detalle de los próximos momentos. Presentía en su interior la proximidad de lo terrible, de lo abrumador: el límite entre lo imaginado y lo ignorado. La frontera entre el Universo y aquel «Más Allá» presentido... El fin de lo que no tenía fin, los límites de lo ilimitado... ¿y después, qué?

El gran enigma, lo que el mundo había ignorado a lo largo de siglos y siglos, tal vez las últimas barreras del conocimiento de las formas y los seres, estaba allí... muy cerca de ellos.

De pronto, lo vio.

La negrura del espacio, se transformó ante él.

Y Mark Davis supo qué había llegado a los umbrales de lo que jamás nadie había sospechado o imaginado. Allí donde los mundos terminaban, donde la maquinaria prodigiosa de los astros visibles o presentidos concluía... en un «después» enigmático, alucinante, aterrador...

CAPÍTULO V

«ETERNA»


OMO un muro infinito, colosal, ciclópeo, la masa gris surgió ante el avión. O tal vez no era gris, sino parda. Posiblemente, incluso, no era de un tono ni de otro. Mark no recordaba haber visto jamás aquel color.

No era aire ni atmósfera, ni vacío siquiera. Poseía corporeidad, masa. Se agitaba, se movía como si estuviera vivo, y formaba extrañas espirales, curvas y sinuosidades extrañas. Parecía barro, goma fluida o algo más indescriptible aún... igual que un fantástico, inconcebible lago viscoso, al que iban a caer.

Mark Davis, instintivamente, se echó atrás, aferrando a Shirley con energía entre sus brazos.

—¡Ya entramos en ello, Shirley! —musitó, estremeciéndose de horror.

—¿Dónde? ¿Qué es lo que estás viendo, Mark? —se asustó ella.

—El fin de nuestro viaje... El fin del Cosmos... por increíble que parezca.

De repente, la normalidad del viaje se trastornó. Todo, en derredor de ellos, comenzó a girar en espiral, vibró todo el cuerpo del avión, al solidificarse el vacío al otro lado de las ventanillas.

¡Ya habían entrado en lo ignoto situado al otro lado de los mundos y los espacios!

La masa inabarcable de color jamás visto, absorbió al avión. Reptó en torno de él, como sacudida por el impacto de la nave aérea lanzada a velocidades vertiginosas. Los ocupantes del avión cerraron los ojos al experimentar en sí mismos el mazazo de aquel choque con la pared del tiempo y de las dimensiones.

Los círculos se hicieron más rápidos ante los ojos de Mark. Éste advirtió que Shirley Ann se había desvanecido entre sus brazos, y la retuvo con firmeza. En cuanto a Bartok, quiso lanzarse al pasillo, ocultándose los ojos, mientras la visión se tornaba dificultosa, de un fulgurante, extraño matiz rojo. Un rojo que Mark tampoco viera jamás en parte alguna.

Los demás viajeros reposaban benignamente en sus asientos, aceptando lo que sin duda esperaban ya. Mark, sin soltar a Shirley, intentó moverse, salir del asiento, y no pudo hacerlo.

La visión se hizo más difusa, subió el color escarlata vivido a sus retinas, y todo se fundió en aquella luminiscencia espectral.

Después, Mark Davis perdió el conocimiento y rodó por el suelo del avión con su esposa...

Nadie supo nada más de su entrada en el ultra Cosmos. Habían rebasado ya los límites del Universo, si habían de creer a los hombres del avión. Estaban allí donde la fantasía más desbordante no había imaginado jamás llegar. Ahora sus destinos, sus vidas, su propia suerte, dependían del «amo». El último pensamiento de Mark, antes de perder la noción de cuanto lo rodeaba, fue para encomendarse a Dios. Sólo en Él confiaba, dentro o fuera del Universo, antes de encararse a aquel ser espectacular y enigmático, capaz de trastornar las leyes físicas del Cosmos.

Fuera donde fuese el punto de su destino increíble, por fuerza tenía que pertenecer a lo creado, y los entes prodigiosos que allí vivieran, en una u otra forma de existencia, criaturas de Dios, cuya superioridad consistiría siempre en una mayor perfección.

Pero mientras el avión de Los Ángeles-Honolulú se hundía en el mar espeso y sólido de aquel muro final que cerraba los espacios, Mark Davis yacía en el suelo de la cabina del aparato, con Shirley Ann todavía aferrada a él, inconsciente también. Rodeados de otros seres inconscientes, como autómatas lanzados a lo desconocido...

* * *

En principio, fue un despertar como tantos otros.

Mark, al abrir los ojos, creyó que iba a encontrarse con el techo azul de su dormitorio de Beverly Hills. Después, parpadeó, deslumbrado, y recordó su boda con Shirley Ann. Sí, ahora estarían en un hotel de Honolulú, de muros color claro, y balcones asomados a Waikiki, con las palmeras irguiéndose en las idílicas playas de arena dorada.

Honolulú... Con los ojos cerrados todavía, hizo un esfuerzo mental. No, él no había llegado a Honolulú, no podía recordar en qué momento el avión de Los Ángeles... ¡El avión!

Dio un respingo en el lecho donde yacía, abriendo mucho los ojos. ¡Ahora

recordaba!

Se encontró con dos sorpresas inauditas. La primera de ellas fue sentirse flotando en la estancia, pisando algo que parecía aire, pero que no lo era. Descubrió que apoyaba sus pies en franjas de luz, de un vaporoso tono claro, de un color que desconocía y no podía definir.

Miro el lecho donde había despertado. No había tal lecho, ni mueble alguno. Otra franja, mucho más amplia de luz, y también de más espeso color, estaba en su lugar. Probó, apoyándose en ella, y encontró resistencia, firmeza: fue la segunda sorpresa, jamás imaginó dormir en una banda de luz sin forma, cuerpo ni solidez.

Recorrió con los ojos el recinto donde se hallaba. Había muros, pero no como eran los muros de cualquier lugar del mundo. Estaban también hechos de luz. Una luz como tejida, a base de infinidad de delgados hilos brillantes, luminosos, de colores extraños y suaves, que no dañaban la vista al habituarse a ellos.

Se miró el cuerpo. ¿Qué ropas vestía? Parecía ir desnudo, porque no sentía presión alguna de ningún tejido sobre su cuerpo. Sin embargo, no era así. Algo similar a una malla o género amoldado a sus poderosos músculos se ceñía a todo su cuerpo. Destellaba, con un tono similar al azul terreno, sin serlo en absoluto.

Siguió andando por entre rayas de luz difusa, y éstas se deformaron de pronto, tomando una tónica ascendente, como los peldaños de una escalinata de leyenda. Subió por ella. La luz parecía amoldarse y adaptarse al deseo de algo o alguien, y tomaba formas y dimensiones cambiantes.

Observó, fascinado, que todo poseía una cuarta y quinta dimensión ignoradas de los humanos. Era increíble su efecto visual, pero no podía ser descrito ni registrado fielmente por sus ojos y cerebro, habituados al mundo tridimensional donde naciera.

—¡Dios mío! —musitó Mark, sintiéndose infinitamente extraño y pequeño en aquel orbe nuevo, de pura luz, sin formas, sin espacio ni objetos, por dónde caminaba como un fantasma errante, sin encontrar suelos, muros, techos ni puertas. Y, mucho menos, paisajes, lugares, seres vivos o inanimados.

—¡Shirley! —llamó, abriendo los labios.

Su voz le sonó extraña. Pareció tomar cuerpo al brotar de sus labios, y fluyó de ellos como un vaho opalescente y ondulado, al tiempo que muy lejano, le llegaba un rumor musical, cristalino, repitiendo con su propia voz deformada.

—¡Shirley!

Nadie le respondió. Seguía aquel mundo sin sonidos en su total mutismo. Repitió la llamada angustiosamente, sin cesar de subir por los tramos de luz,

como en una escala prodigiosa, sin ni principio. Miró hacia abajo.

No había «abajo», como tampoco había «arriba». Miríadas de luces ondulantes, cruzadas o en hileras interminables, constituían todo lo que podía captar su vista.

Y la escalera de luz... ¿dónde terminaría?

Mark sentía la furia de su propia impotencia dentro de sí. Al menos en el mundo, los males podían tener remedio, porque se luchaba contra cosas con forma, voz y naturaleza. Se podía defender, atacar, golpear... y Mark no temía a nadie, con el poder y elasticidad de sus músculos y la agudeza de su mente. Tan eficiente podía ser en la vida real como ante las cámaras, interpretando a «Jim Plutón».

Pero allí, en aquel lugar infernal, en aquel caos sin espacio ni forma, ¿qué podía hacer sino andar, andar en busca de algo o alguien?

—¡Eh, tú! —llamó de repente Mark, deteniéndose en medio de aquel haz inacabable de luces, y haciendo bocina con las manos—. ¡Quienquiera que seas o lo que seas, quiero verte! ¡Sí, a ti, a quién todos llaman el «amo»! ¡Si esto es «Eterna», deseo ver tu rostro, saber cómo eres, si es que eres «algo»...!

La voz se expandió en ecos melódicos, como trinos de aves exóticas, por el orbe de luz y color, mientras de los labios contraídos de Mark fluían serpenteos vaporosos de un tono rosado, que reptaban y se deshacían como volutas de humo en la Tierra.

Miró a su alrededor.

Inmediatamente, llegó la respuesta. Las líneas de luz se agitaron, se ondularon como si estuvieran vivas y formaron un nuevo terreno sobre el cual avanzar. Una larga, interminable llanura de haces luminosos, a cuyo fondo ascendían hacia la nada llameantes orgías de colores insospechados, de tonos y matices jamás vistos por el hombre.

Mark, ahora, se sintió infinitamente pequeño, insignificante en aquella extensión. Incluso le resultó alucinante ver que carecía de sombra, que no proyectaba nada en los suelos de luz, tal vez porque todo en torno suyo era luminiscente y no admitía contrastes que lo corporeizaran.

Sintió el deseo físico de correr. Y se echó adelante a la carrera, como un pigmeo en un mundo de titanes, reducido a un punto oscuro en un apoteosis de claridad y color.

Las ondulaciones polícromas del fondo se aproximaban a él, casi a la misma velocidad con que Mark se aproximaba a ellas. Se detuvo en seco, al verlas ante sí, en una danza frenética y colosal. El rostro pétreo, crispado, del joven atlético terrestre, se bañó en la luz cegadora, fulgurante.

Se llevó las manos a los ojos para no ser deslumbrado.

Y con la misma brusquedad con que surgieran, las llamas sin fuego desaparecieron, se transformaron en miríadas de chispas luminosas que cayeron en cascada a un abismo inexistente, disolviéndose.

Mark Davis, atónito, apartó las manos de su rostro, clavando los ojos ante él, en el nuevo espectáculo que se le ofrecía.

Lo primero que vio fueron las manos.

¡Las manos!

Unas manos gigantescas, colosales, aterradoramente grandes. Y, naturalmente, luminosas, como todo lo de aquel mundo. La única nota extraña era que las manos tenían una forma rectilínea, sin curvas, dando la sensación de estar talladas en vidrio incandescente. Una voz, un sonido armónico y vibrátil, surgió de ellas, a la vez que serpenteos de luz marcaban en el vacío la presencia de una boca invisible que modulaba las palabras. Era una voz dulcísima, embriagadora, tierna como una melodía, musical como mil campanillas de vidrio tañidas al unísono:

—Bienvenido a «Eterna», Mark Davis. Creo que me has llamado...

—Yo he llamado al «amo».

—Y yo soy el «amo» —declaró la voz con énfasis.

Mark luchó contra su propio asombro. Altivo, levantó la cabeza y proyectó adelante su belicosa mandíbula.

—No te veo. No veo más que unas manos extrañas que se agitan cuando suena tu voz.

—No es necesario verme. Nadie me vio nunca, Davis. Yo, el «amo», no tengo por qué ser visto jamás. A ti te presento mis manos. Unas manos imaginarias, creadas por mi mente, para que tú las veas, y sepas mi poder. Puedo hacer adoptar formas y dimensiones normales a todas las cosas, como puedo alterar las leyes del Universo, siempre que así me plazca.

—Si es cierto que tú eres el amo de todo esto, ¿por qué no me devuelves a mi esposa? Está también aquí, llegó conmigo... y deseo verla, saber cómo está.

—Esa mujer está bien. La verás pronto. Todos los hombres de la Tierra llegados a «Eterna» están bien. No puedo haceros daño, porque os necesito.

—¿Para qué? —preguntó Mark con irritación.

—Preguntas demasiado. Y no me gusta contestar preguntas, Mark Davis. Por ti mismo podrás enterarte de todo.

—¿Cuándo?

Una risa musical, vibrante, prolongada como el eco de un tañido de campana, resonó en los ámbitos sin paredes. La voz tuvo una nota burlona al

responder:

—¡Cuándo! No existe el «cuándo» en «Eterna», Davis. Porque ignoramos el tiempo y su medida, como ignoramos el espacio y sus dimensiones. Pasado, presente y futuro, son aquí una misma cosa: el momento en que vives. Y ese momento jamás se extingue. Tu juventud es eterna, porque la ancianidad no llega a nosotros.

—¿Y cómo sois vosotros? —preguntó Mark intrigado—. ¿También estáis hechos de luz y de color, sin forma ni rostro?

—Nosotros, Mark Davis, somos los «superseres». Yo soy distinto a todos, porque soy su «amo», el dueño de sus destinos. Pero ellos son hermosos, Davis. Tanto, que te asombrará conocerlos, cuando te proyecte a su plano, a su nivel de existencia.

—¿Proyectarme? —Mark enarcó las cejas, sin entender del todo.

—Sí, Davis. De todos cuantos llegasteis en esa nave de vuestro mundo. Yo he seleccionado a los que deben ser proyectados al nivel de la vida, en «Eterna». Tú eres uno de ellos, el más perfecto física y mentalmente.

—Gracias —el tono de Mark era seco—. ¿Y los demás?

—Tu esposa también fue elegida. Es hermosa y perfecta.

—¿Los demás...?

—Los demás no te importan, Mark Davis. Ahora, prepárate a ser proyectado a un mundo diferente, pero comprensible para ti. Al trocar las leyes universales también he cambiado las nuestras. El mundo de «Eterna» será para ti visible, palpable y real, aunque muy distinto al que tú conoces.

—Pero... ¿dónde estoy ahora? Creí que esto era «Eterna».

—Esto es «Eterna». Todo es «Eterna». Pero no el nivel que te corresponde. Sin embargo, has resistido la prueba de enfrentarte a mí, de viajar por la Quinta Dimensión sin enloquecer. Eres fuerte, Mark Davis. Mereces la vida. Pero no olvides nunca que sobre ti estaré yo. Ese «amo». ¡El emperador de los Universos, «Kabxë-Kahn»!

Simultáneamente al final de la enfática oración anunciadora, los suelos de luz se hundieron. Mark se vio lanzado por un espacio sin fondo ni límites, a un abismo de luz y de ondas polícromas, que lo engulló, sumiéndole en una negrura total, absoluta. Una negrura que se introdujo en él, penetró a oleadas en su cerebro, borrando de él sensaciones, ideas y sentidos...

CAPÍTULO VI

EL TIRANO DEL UNIVERSO

EAS bienvenido a «Eterna», hombre rubio.

Era como una melodía, una musiquilla que penetraba en sus oídos taponados hasta entonces. Y repetía como en un sueño, cada vez más melosa y acariciadora:

—Bienvenido... «Eterna» te saluda como a un amigo...

Mark abrió los ojos, tratando de ver. Y se encontró con aquella misma negrura que le engullera tras su entrevista con «Kabxë-Kahn». Se llevó las manos a los ojos.

—¡Dios mío, estoy ciego! —gimió, lleno de desesperación—. ¡No veo nada!

Descubrió que su voz era también más suave y musical que fuera nunca. Y que la lengua que brotaba de sus labios no era ninguna terrestre ni conocida.

Y, sin embargo, él la comprendía, podía pensar en ella. Y era ese lenguaje extraño en el que la voz armónica se había dirigido a él poco antes. Pero seguía sin ver nada.

—No puedes ver, hombre rubio —dijo la misma voz argentina—. Para ello, necesitas la «transmutación» dimensional. Extiende tus manos, terrestre...

Mark obedeció, tanteando la oscuridad como un ciego. Algo se posó en sus palmas. Eran dos objetos sin duda. Suavemente curvados.

—Aplícalos a tus ojos —siguieron aconsejándole—. Entonces, ciérralos. Después, podrás abrirlos de nuevo.

Obediente, Mark Davis acercó sus manos al rostro. Eran dos piezas blandas, menudas, ligeramente convexas, según captó. Rápido, las aplicó a sus órbitas. Se ajustaron automáticamente, sin necesidad de abrir los párpados, como adheridos a los ojos. Entonces los cerró, para abrirlos inmediatamente.

Ahora pudo ver «Eterna». Y también a la persona que le estaba hablando.

Se frotó los ojos, atónito. Pero la visión no cambió. Más calmado, tratando de serenar su mente, procuró situarse en el lugar donde se hallaba, penetrar en el prodigio que estaba viendo.

Jamás había soñado con un mundo cuyo cielo fueran millones de burbujas de mil tonalidades increíbles; burbujas luminosas, opalescentes, que giraban en remolino, o se posaban dulcemente por encima de los edificios.

¡Los edificios! Mark imaginóse que lo eran, porque sus agudas aristas levantadas entre cataratas de burbujas, recordaban vagamente las edificaciones humanas, aunque no tan estilizadas, translúcidas y esbeltas de líneas. Formaban como un boscaje denso de edificios, salpicado de tonalidades desconocidas para Mark.

Todo ello poseía una corporeidad oblonga, deformada, pero tridimensional. Al menos en esto, «Eterna» empezaba a mostrarse a los ojos de Mark Davis como un mundo cualquiera del otro lado de la Gran Barrera.

Y también, en cierto modo, la delicada, graciosa y sorprendente figura inclinada junto a él.

Era una mujer, sin duda alguna. O lo que equivaldría a una mujer en el extraño dominio ultra cósmico de «Kabxë-Kahn». Porque su humanoide contextura, a la vez sutil y dotada de curvas similares a las de los humanos, estaba ataviada con un liviano y opalescente ropaje largo, a guisa de túnica, del que salían unos pies con singular forma de pétalos de flor, y unas manos estilizadísimas, provistas de cuatro únicos dedos, sin uñas. Lo curioso era el tono verde purísimo de su piel, rematado por una cabellera que parecía hecha de lianas o de hierbas rebeldes, en un intenso dorado sin precedentes ni

siquiera en el más puro y brillante oro.

Unos ojos, sí, unos ojos tan hermosos o más como los de ningún ser humano, rasgados y deslumbradoramente jaspeados, sobre unas pupilas ambarinas, de rara luz, miraron a Mark Davis con dulzura. La misma dulzura que aparecía en el gesto tierno de sus labios. Labios, muy redondeados pero bellos y carnosos.

—¿Quién eres tú? —preguntó Mark, mirándole asombrado y extasiado a la vez.

—Mi nombre es Casiopea —aquel gesto de la mujer de «Eterna» era un sonrisa sin duda—. Casiopea, que está aquí para guiarte y ayudarte, hombre rubio.

—¿Rubio yo? —Mark rió—. A tu lado, creo que mi pelo parece negro.

—Ningún Hombre de «Eterna» tiene pelo rubio, terrestre. Sólo azul.

—¿Azul? Me gustaría verles —masculló Mark, empezando a incorporarse.

Observó, al poner las manos en tierra, que el suelo era esponjoso, flexible y acariciador. Plantas violáceas y nacaradas le rodeaban por doquier. Si aquel no era el paraíso de los ángeles, debía faltarle poco. Incluso aquella Casiopea de pelo de oro parecía un ángel. Agregó el joven actor, con aire perplejo:

—¿Dónde estamos ahora, Casiopea?

—En el mismo sitio donde estabas antes: en «Eterna».

—Pero se me habló de un mundo sin tiempo, espacio ni dimensiones. Esto parece ser igual a lo de mi mundo. Si acaso, más bello, más extraño. Pero nada más.

—No, extranjero —ella movió la cabeza, y al sonreír, destelló la plata fulgurante de todos sus dientes. Dientes menudos, pero no blancos, sino plateados—. No es así «Eterna», ni somos así nosotros. Tú nos ves así, porque esa es la voluntad del «amo». Nos ha adaptado a tu concepto de las cosas. O, mejor dicho, tú has sido adaptado con esos visores que te has aplicado en los ojos, para que nos veas como realmente seríamos, si nos moviéramos en el campo dimensional y espacial del vuestro. Cuando esas piezas se desprendan de tus ojos, volverás a la oscuridad primero, y al alto espacio del «amo» después.

—¿Por qué hablo yo este lenguaje que jamás oí, y por qué entiendo lo que me dices, Casiopea? —preguntó Mark, tratando de penetrar en todo aquello sin volverse loco.

—Porque el «amo» así lo ha deseado. Tus cuerdas vocales y tu cerebro han sido cambiados durante tu desvanecimiento, a los medios de expresión de «Eterna». Solamente tus sentidos no podían alterarse, a riesgo de destruir tu mente, y por eso se te permitió vernos tal y como seríamos en un lugar como

la Tierra.

—En la Tierra se iban a divertir si vieran esto —Mark miró en derredor—. Y, sin embargo, es prodigioso todo esto. Sobre todo si se piensa que en realidad no existe tal y como yo lo estoy viendo.

—Eso es —Casiopea se acercó a él. Caminaba grácilmente, se movía como algo que flota sobre el suelo, y sus pies como flores apenas si tocaban el suelo—. No existe para, ti, en cuanto tus visores desaparezcan y tus sentidos vuelvan a su normal dimensión. Pero, mientras tanto, eres uno más de nosotros, aunque seas un extraño, un huésped del «amo». Eres inteligente, terrestre, y ahora comprendo claramente por qué has sido elegido.

—¿Elegido para qué? —se intrigó Mark, mirándola ceñudo.

—Sígueme —sonrió ella por toda respuesta, señalando un camino que serpenteaba por entre florestas violáceas—. Pronto lo sabrás...

Mark no tenía muchas cosas por propia iniciativa que hacer en aquel lugar. Como dijera ella, era un extraño. Un visitante asombroso en otra dimensión. Tal vez todo aquello, sin su especial adaptación de ahora, se disolvería en luz sin forma ni cuerpo, incluidos los seres vivientes de «Eterna».

Pero mientras le fuera capacitado desenvolverse, ver y comprender en aquel mundo inquietante, demasiado bello en apariencia para creer en toda su belleza, Mark estaba dispuesto a seguir el juego de los demás. Tenía que encontrar, sobre todo, a Shirley.

Y después, encontrar la manera de regresar a la Tierra, de volver a ser un ciudadano del Universo del cual había sido secuestrado violentamente.

En su mente se había desarrollado un foco instintivo de rebeldía contra el sistema tiránico de aquel enigmático e invisible poder llamado «Kabxë-Kahn», y estaba dispuesto a no ceder como un esclavo más. La resistencia, a bordo del avión absorbido por el ultra cosmos, había sido estéril. Pero tal vez ahora, manteniéndose en un plano de igualdad, dimensional como los seres y las formas de su nuevo ambiente, podría en un futuro próximo encontrar el medio de volver a su mundo.

Pero jamás haría solo el regreso. Shirley Ann no podía quedarse allí, separada de Mark y de la Tierra por millones de millones de millones de millas de distancia.

Caminó detrás de ella con igual fluidez, pero sintiendo la blandura del suelo bajo sus pies. La singular vegetación violeta se hundía, formando ondulaciones, bajo las pisadas del terrestre.

Penetraron en la ciudad. Mark observó ansiosamente, con la viva curiosidad que despierta todo lo desconocido, la etérea suavidad con que los seres de «Eterna» se deslizaban sobre los suelos luminiscentes y ondulados de la ciudad, casi sin pisarla. Los edificios, los pavimentos y el cielo de burbujas

despedían luz, colores irisados, fabulosos, que ningún pintor hubiera podido, reproducir ni siquiera con la más rica paleta.

Los edificios carecían de puertas y ventanas, pero Mark observó que podía verse a sus habitantes a través de los muros translúcidos, color ámbar o cosa parecida. Y advirtió que al detenerse alguien ante una fachada, ésta formaba un orificio para su entrada, cerrándose luego nuevamente.

—Si a Van Buren le escribiera esto un guionista, le enviaría al diablo — sonrió Mark para sí.

—¿Qué decías? —exclamó en el acto Casiopea, volviéndose a mirarle—. ¿De quién hablabas?

—De nadie.

Asombrado, Mark meditó que no había llegado a entreabrir sus labios para pronunciar palabra alguna. Sin embargo, Casiopea le había oído.

—Hablabas de un tal Van Buren. ¿Quién es?

—Un amigo. Un lejano amigo mío —Mark frunció el ceño, autodominando su mente. Estaba seguro de no haber hablado. En «Eterna» eran telépatas, parecía evidente.

Siguieron adelante. Súbitamente, al final de la ciudad, que se extendía por una amplísima, llana planicie cubierta por aquel palio asombroso de burbujas luminosas, vio Mark un edificio más estrecho e infinitamente más alto que ningún otro. Éste tenía un singular color oscuro, centelleante y siniestro. Altas agujas como de hielo azul le rodeaban.

—¿Qué es aquello? —preguntó Mark.

—El lugar adonde vamos —sonrió Casiopea, vaporosa, flotando junto a él.

—¿Allí? Está muy lejos.

—¿Lejos? —ella rio—. Oh, no. No hay lejos ni cerca en «Eterna». Mira...

Mark sintió como un centelleo ante sus ojos, cuando una burbuja descendió hasta sus mismos ojos, y giró ante él, destellando vivos fulgores de luz y color. Cuando la burbuja subió a reunirse con las miríadas de otras idénticas que formaban el extraño firmamento de aquel, mundo alucinante, Mark se encontró ante la misma edificación negro-azul, cuya cúspide se perdía en las brumas burbujeantes del cielo. El material tenía, visto de cerca, la tersura y dureza del más fuerte acero. Pero su brillo era como de cristal bruñido, y su opacidad muy liviana, permitiendo descubrir dentro figuras que parecían retorcerse en cubículos o celdillas relucidas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Mark, aturdido.

—Ante la Torre de los Elegidos.

—¿Los elegidos? ¿Para qué?

—Para morir, terrestre.

—¿Morir? ¡La muerte no existe aquí, según dijo el amo»!

—Existe... si él la administra. Es una muerte en vida. El ser se extingue en una total paralización de sus sentidos. Después, los gérmenes acaban con él, tras extraerle los átomos que después dotan de vida a otros seres creados artificialmente.

—¿«Artificialmente»? —los cabellos de Mark se erizaron—. ¡Cielos, no!

—Todos estamos artificialmente creados —sonrió Casiopea—. El amor y la procreación no existen en los dominios del «amo». Nuestros hijos son en realidad parte de nosotros mismos, extraída de nuestra naturaleza condenada a morir por orden del «amo».

—¡Pero eso es monstruoso! —exclamó Mark, revolviéndose.

Casiopea le hizo un rápido signo de silencio, y Mark observó que las paredes negras del Torreón de la Muerte se abrían como si fueran de blanda gelatina, disparando una extraña columna de aún más extraño seres.

Eran figurillas de un color espectral, lívido, con blancas guedejas de pelo lanudo, dotados de antenas, sin ojos, y con unas manos sin dedos, que esgrimían raros tubos luminosos.

Su forma física recordaba más a los sapos que a los humanos. Su piel era escamosa, de color tornasolado, repugnante y viscosa. Avanzaron hacia, ellos. Eran más de cien.

—¡La Guardia de la Muerte! —jadeó Casiopea—. Por favor, terrestre, nunca te rebeles contra el poder de nuestro «amo», o serás aniquilado por ellos. Vienen a por ti. Pide perdón, o te destruirán...

—¿Perdón a esos macacos? —rugió Mark, hinchando sus poderosos músculos—. ¡Jamás!

—¡Oh, terrestre, sé razonable! ¡Pídele perdón al «amo» por tu osadía!

—Nunca he pedido perdón a nadie —soberbio, Mark se irguió, cruzándose de brazos ante la plaga de seres monstruosos—. Tampoco lo pediré ahora.

Casiopea gimió, sin dejar de mirar a los seres armados. Los tubos luminosos apuntaron a Mark, que permaneció impasible. En medio de un silencio impresionante, la voz de Mark se elevó, rotunda y firme:

—¡Vamos, peleles, atacad! ¡Sois unos cobardes si no lo hacéis, igual que vuestro maldito «amo»! ¡No me asustáis ni me impresionáis! ¡Por muy fuertes, superiores y grandes que os creáis todos, en este lugar, jamás seréis ni siquiera la mitad que cualquier ser humano, ni vuestra estúpida y torpe vida de esclavos alcanzarán a la vida breve y mortal de un hombre de la Tierra!

Su voz potente, clara, expresándose en aquel idioma que desconocía pero que fluía a su mente como si lo conociera de siempre, dejaba atónita a

Casiopea, que no daba crédito a tal osadía. En cuanto a la guardia, le rodeó, mientras sus antenas vibraban, frenéticas. Mark no sabía si esa vibración marcaba una recepción de sus palabras, o una demanda urgente de instrucciones a su poderoso tirano.

Tras una pausa, le rodearon los soldados sin ojos. No dispararon sobre él arma alguna. Habían bajado sus tubos de luminosa materia, y Mark recibió dentro de su mente un mensaje telepático, con potencia inaudita, sin que llegara palabra sonora alguna a sus oídos:

—Terrestre, síguenos. El «amo» ordena que perdonemos tu vida, a pesar de tu temeraria rebeldía. Si vives aún, es porque espera mucho de ti. Ven a la torre. Es sólo una visita. Cuando hayas visto lo que contiene, saldrás otra vez. Y sabrás por qué se te perdona tanta soberbia, y tanta inconsciencia.

Mark se dijo si sería cierto lo que su cerebro recogía en ondas telepáticas. Casiopea se lo confirmó, apoyando en su brazo una de sus aladas manos ligeras.

—Ve con ellos, hombre rubio. Ellos dicen verdad. Yo iba a enseñarte también lo que encierra esa torre, por orden del «amo». Será mejor que obedezcas. Eres muy valiente, pero haces mal en luchar contra lo invencible. Ahora ve, y te darás más cuenta de todo.

No le gustaba entrar en aquella torre que parecía no tener fin y hundirse en la nada, tras las burbujas de luz. Pero parecía haber algo allí que todos querían enseñarle.

—Está bien —asintió—. Vamos.

Los soldados del «amo» abrieron una calle hasta el muro bruñido y oscuro. Mark avanzó por entre la doble hilera sin inclinar la cabeza ni ceder en su altivez. Pisaba firme sobre la blandura del suelo, y no se sorprendió en absoluto cuando la pared azul-negra se abrió como papel a su paso, cerrándose después al engullir a la centena de extraños soldados.

Una penumbra opalina, fosforescente, acogió a Mark Davis dentro de la Torre de los Elegidos. Un escalofrío de horror recorrió el cuerpo de Mark, cuando pudo ver detrás de las paredes cristalinas, color ámbar, las figuras retorcidas, implorantes, de hombres y mujeres de «Eterna», sentenciados al cautiverio hasta morir. Mujeres de pelo de oro, verdosa la piel, alternaban con los que debían ser hombres en aquel mundo. Seres más atléticos y altos, de piel azulada y cabello de igual tono, pero vivísimo de color, hasta parecer pura luz en fibras sedosas. Las expresiones eran de dolor, de angustia, de desesperanza absoluta.

—¿Y este es el mundo maravilloso de «Kabxë-Kahn»? —masculló Mark con tono duro—. La «Eterna» pacífica y hermosa, que se esfuerzan en mostrarme... Infiernos, esto es una tiranía peor que la de un dictador cualquiera de la Tierra. Seres que agonizan en una muerte mil veces peor que

las que los terrestres idearon... ¿Y «Kabxë-Kahn» se considera un superhombre? ¡Es un fanático asesino y esclavizador de seres, con el delirio de su propia grandeza cegándole hasta el punto de creerse dominador de todo y de todos!

Una risa burlona, sibilante, pareció escapar como chorros de algún gas letal de todos los resquicios y de todos los muros translúcidos, en respuesta repetida en mil ecos a sus palabras agresivas y violentas. Los soldados acusaron una vibración furibunda de sus antenas.

—¡Bravo, Mark Davis! —la voz suavísima, musical del tirano de «Eterna», pareció llegar de todas partes, como si las paredes del torreón sombrío estuvieran dotadas de vida propia y hablasen por ellas mismas—. Tu valor raya en la locura y en la osadía suicida. Pero te perdono. Te lo perdono todo, porque eres mi huésped.

—¡Mientes! —Mark se revolvió, rabioso, contra las paredes que le devolvían las carcajadas burlonas, y las palabras de «Kabxë-Kahn»—. ¡No soy tu huésped, sino tu prisionero! ¡Me has secuestrado en mi propio mundo, para traerme a tu odioso mundo sin formas, en el que me has dotado de la facultad de adaptarme a vuestra propia dimensión o vosotros a la mía, eso no lo sé aún de cierto, tal vez para tus propios fines...!

—Hablas como un demente —replicó la voz—. Pero soy demasiado fuerte para que puedas ofenderme, insignificante criatura. Vas a conocer pronto mi poderío, Mark Davis. Estás en una forma de vida diferente, y eso es lo que debes entender. Si ves a mis súbditos, si puedes conocer sus formas y su existencia, es porque yo, «Kabxë-Kahn», así lo quiero. Me basta mi enorme poder sobre todas las cosas de este mundo y del Universo que allá afuera está a mi merced, para alterar todas las leyes físicas, y humanas que vosotros conocéis. Mi pueblo ha sido dotado de forma para que tú lo veas tal como realmente sería en tu lejano planeta. Pero sólo tú puedes verlo. Ellos se ven entre sí como han sido siempre; con sus dimensiones, formas y aspecto material distinto al que vosotros concebís. Pero la mente humana es pobre e imperfecta, y no podrías adaptarte a otra forma de vida. Por ello adapto yo la forma de vida a ti. ¿Y sabes para qué? Porque vas a servirme, Mark Davis.

—¿Cómo esclavo tuyo también?

—Como un huésped sin otra alternativa que obedecer.

—Eso es esclavitud. Y estás equivocado —Mark encajó las mandíbulas—. No obedeceré.

Se repitió la risita burlona. De pronto, los suelos parecieron descender vertiginosamente, hundiéndose en torno suyo. En realidad, estaba subiendo a la cumbre del torreón sin fin. Se encontró en un compartimento cerrado, de forma poliédrica, rodeado de burbujas por doquier, al otro lado de los muros opalescentes.

Igual que una mariposa o una mosca cazada en una fabulosa tela de araña. Se agitó en el encierro, rabioso, golpeando los muros, que eran blandos pero elásticos e irrompibles a toda presión.

Entonces, comprendió por qué había sido llevado hasta allí, sin que pudiera resistir a la voluntad del «amo».

Vio ante sí, a través de las burbujas, como un gran balcón saliente del torreón, justamente bajo sus plantas. Era un anfiteatro semicircular, colgado sobre el abismo sin fin, que era un océano de fulgurantes y variables globos de luz. Pero lo que a Mark le hizo aferrarse con furia a las paredes maleables del torreón, fue descubrir una figura ligada a la balaustrada roja del ventanal por medio de lo que parecían cuerdas vivientes, retorcidas y ondulantes, y que no eran otra cosa que una especie trenzada, interminable y delgadísima de reptil, dotado de varias cabezas.

El reptil se enroscaba al cuerpo viviente, impidiéndole moverse del extraño balcón, mientras unas gordas, aladas y repugnantes arañas colosales, de vello cristalino y largas patas rematadas por tenazas de un siniestro tono cárdeno, revoloteaban cerca de ella. Los arácnidos fabulosos, de dimensiones colosales y horrendo aspecto, carecían también de ojos. Pero dos antenas vibrátiles, sobre su boca babeante, verdosa, temblaban, saboreando la proximidad de su presa indefensa.

El grito de Mark fue terrible y su impotente cólera de una violencia sin límites. Luchó en vano con las paredes, que no le cedieron paso. Y no había otra abertura en el compartimento poliédrico.

¡La figura ligada por la repulsiva serpiente, y a la que pronto llegarían las patas alucinantes de las arañas gigantescas, era la de Shirley Ann!

CAPÍTULO VII

LOS PELIGROS DEL MUNDO DE KABXË



HIRLEY! ¡Shirley! —aullaba Mark, frenético. Y golpeando las paredes blandas, repetía con furia incontenible—: ¡Dejadme salir de aquí! ¡Tengo que librarla, tengo que salvar su vida...! ¡Cobardes, monstruos!

Pero el horror que se ofrecía ante sus ojos parecía totalmente inevitable. Shirley, rubia, delicada e indefensa, cubierta con una simple túnica purpúrea, adherida a su hermoso cuerpo, se retorcía entre los anillos del reptil, mirando, con ojos desorbitados el espantoso enemigo voraz que se le venía encima. Evidentemente, también ella había sido dotada de «visores» especiales en sus ojos, para adaptarse a la dimensión de «Eterna»... y podía ver la clase de diabólicos verdugos que el «amo» había elegido para aniquilarla.

—Escucha, Mark Davis —la voz del «amo» llego de nuevo a través de los muros opalescentes—, en tus manos está salvar a tu esposa. Esos monstruos que ves cerca de ella, no son tales, sino simples gérmenes, de los que destino al fin de mis súbditos condenados. Gérmenes de dimensiones colosales para vosotros. Se nutren de toda clase de seres vivos, y se desarrollan extraordinariamente. Pero su propio tamaño hace imposible que nos ataquen en forma de enfermedad. Cuando el microbio es mayor que el ser a quién ha de atacar, no puede inocularse en su sangre. Eso, en cierto modo, es una ventaja que impide las enfermedades a nuestros súbditos. Pero no la muerte, si yo la dicto. El germen no infecta, pero devora. Mira bien, si quieres ver cómo devoran a tu esposa, Mark Davis.

—¡No! —rugió Mark, lívido, apretando sus puños con una furia salvaje—. ¡Dime cómo puedo salvarla, maldito asesino!

—A cambio de una promesa: tu obediencia y lealtad a tu nuevo «amo». Si la cumples, gozaréis de una vida de eterna juventud. Y, si ahora no aceptas, ella será devorada por los gérmenes.

—¡Acepto! —aulló Mark roncamente, con ojos fulgurantes de odio.

La voz no volvió a hablar. Pero una pared se abrió, y apareció un soldado sin ojos. Le tendía uno de aquellos tubos luminosos. Y las antenas vibraron, al captar Mark el mensaje telepático dentro de su mente:

—Úsala contra los gérmenes. El «amo» quiere poner a prueba tu valor y energía frente a tan fuerte enemigo.

Mark tomó lo que parecía ser un arma. Advirtió un resorte en su parte posterior. Abajo, en el balcón los gérmenes casi rozaban ya a Shirley Ann con sus patas repugnantes y lentas. Los poderosos músculos de Mark, tensos como sus nervios, pugnaban, ya por entrar en lucha con tan viscoso y horrible adversario.

El suelo del torreón, al parecer tan flexible y dotado de propia movilidad como las paredes, descendió vertiginosamente, frenando ante el balcón trágico. La pared se abrió ante Mark. Y el joven actor salió de un brinco elástico, felino, a través de su abertura, lanzándose con el tubo luminoso entre los dedos, sobre los alados y gigantescos arácnidos-gérmenes.

Le pareció flotar en el vacío, volar él también hacia los gérmenes. Y entonces descubrió que el tejido de su extraño atavío despedía un polvo plateado que parecía el rastro centelleante de un propulsor.

Las fauces alucinantes de los arácnidos, giraron hacia él. Las antenas vibraron al sentir su presencia, y mientras dos de los gérmenes se cernían sobre Shirley Ann, otros dos remontaron un vuelo sin ruido, agitándose sus alas membranosas y sutiles. Volando, eran aún más odiosos y repulsivos.

Sin vacilar, Mark Davis alzó el arma contra ellos. Instintivamente, apretó el resorte de la misma, y observó sus efectos.

El germen se agitó, herido por un chispazo azul brillante, y luego se desintegró, dejando únicamente unas pavesas grisáceas que cayeron como nieve al suelo del balcón.

El arma giró hacia el segundo adversario, y la chispa azul brotó, mortífera, disolviendo a su objetivo. Como una centella, Mark Davis se precipitó sobre Shirley Ann que, profiriendo un grito terrible, veía ante su rostro la tenaza purpúrea del monstruo.

La chispa azul, esta vez, fue terriblemente certera. Mark la lanzó un poco por encima de la tenaza, y la pata de cristalino vello se agitó, ennegreciéndose para desintegrarse un momento antes que el resto del horrible cuerpo alado.

Quedaba aún un germen, que, excitada su voracidad y su furia por la muerte de sus semejantes, viró en redondo hacia Mark, extendiendo hacía él las repugnantes patas. Su orificio bucal babeaba en forma viscosa, nauseabunda...

Mark alzó su arma. Aun antes de presionar, un aviso telepático llegó a lo profundo de su mente con meridiana claridad, y sintió un frío helado en todo su ser:

«¡Cuidado, Mark Davis! Esa arma sólo hace tres disparos... Ahora, usa tus propios recursos, si realmente eres digno de seguir viviendo...».

Furioso, comprobó que era cierto. Esta vez no salió la chispa azul. El alarido terrible de Shirley demostró que ella asistía impotente a su duelo desigual y heroico con los terribles microbios gigantes.

Y el germen se le echaba encima, batiendo silenciosamente sus alas...

Mark le arrojó el cilindro luminoso, que le golpeó en una antena, haciéndole vacilar en el aire. Pero el impacto era muy pobre, y su sombra enorme, velluda y cruel, se abatió sobre Mark, inerme ante tal horror viviente...

Unos colosales, succionantes labios en forma de ventosa, buscaron la cabeza, el cuerpo del rubio terrestre, y Mark eludió furiosamente el contacto que significaba la muerte, a la vez que una de sus musculosas manos aferraba una de las patas del monstruo. Como gelatina, el animal cedía bajo su presión. Las antenas vibraban con mayor fuerza que nunca...

Al fallar la succión mortífera, el germen estiró sus tenazas voraces, con un rechinar feroz en el aire saturado de burbujas multicolores. El remolino de burbujas indicaba que éstas huían también del germen. Sin duda, eran otra forma de vida constante en «Eterna».

Mark eludió los tijerazos siniestros de las terribles pinzas. De pronto, su mente tuvo una idea relampagueante, y con los nervios tensos y los músculos hinchados, trabajando a su máxima potencia, dio un salto fabuloso, sólo posible allí o en lugares sin lastres gravitatorios, y se remontó en el brinco sobre la espalda del monstruo. Eludió la sacudida de sus alas y se posó firmemente sobre su oblonga cabeza dotada de antenas.

El animal lanzó varios chirridos irritados, y trató de girar en el aire, para derribar al enemigo. Mark, en un desesperado, titánico esfuerzo, como un simple pigmeo luchando contra el mayor de los cíclopes, se aferró a ambas antenas vibrátiles y le pareció sentir mil voltios bajo la piel de las manos. Pero no se soltó, ni experimentó dolor físico. El germen empezaba a volverse ya sobre sí mismo, cuando en un arranque de furia sobrehumana, Davis tiró con fuerza a ambos lados... ¡y rompió las antenas!

Se arrancaron de cuajo, con un trallazo como de piel rasgada, y una pulpa repugnante huyó por los boquetes hechos en el cuerpo de pelambrera vidriosa. El germen se agitó, enloquecido, y empezó a tantear, sin duda ciego a toda, sensación orientadora.

Mark, vivamente, saltó de la cabeza monstruosa al suelo del balcón, y vio cómo la enorme masa bailoteaba en el aire, agitando sus patas en una danza delirante, para terminar rodando al abismo saturado de burbujas, que lo engulleron sin duda muy felices...

Jadeando, Mark se aproximó a Shirley Ann. Ella le gritó:

—¡Cuidado, Mark! ¡La sierpe...! ¡La sierpe...!

Davis frenó, viendo que el reptil de varias cabezas se retorcía, soltando a Shirley para lanzarse hacia él. Ahora sí que estaba desarmado frente a todo peligro, y sin posibilidades físicas de seguir luchando tras la tremenda prueba.

A pesar de ello, aguardó a pie firme. La sierpe se desprendió del cuerpo de Shirley, que rodó por el suelo, y se encaminó en derechura hacia el nuevo enemigo. Mark, sudoroso y tenso, aguardó con los dedos crispados, para lanzarse a una nueva y furiosa lucha sin esperanzas...

Pero no fue preciso. Cuando la sierpe estuvo frente a él, ocurrió algo imprevisto. Una chispa azul estalló sobre sus cabezas, y el reptil se disolvió en pavesas, como antes lo hicieran los gérmenes.

Mark, sorprendido, miró hacia la torre. Allí, en una abertura, asomaban los soldados ciegos de «Kabxë-Kahn», armados de tubos lumínicos. Ellos le habían salvado, y no había muchas dudas sobre el origen de la orden emanada para que lo hicieran así.

Se encaminó hasta Shirley, la tomó en sus fuertes, atléticos brazos, y con ella desvanecida se dirigió a la torre, sin dejar de mirar su pálido y terso rostro. La melena rubia caía a un lado, suelta y sin peinar. Musitó, tierna y esperanzadamente:

—Shirley, pequeña... Ya estamos otra vez juntos... y veremos quién nos separa ahora.

Las paredes del torreón se abrieron a su paso. Se encontró rodeado de soldados con antenas. Una orden telepática llegó a su mente con la limpidez de siempre:

—Síguenos, terrestre. El «amo» va a hablar contigo y a darte instrucciones. Has salido bien de la prueba, y eres el ser capaz de cumplir la misión que te será asignada.

Mark no podía hacer muchas cosas más. Siguió dócilmente a los soldados, cuando el suelo empezó a descender de nuevo a velocidades de vértigo, como un ascensor de fantasía por el tubo angosto y sin fin del Torreón de los Elegidos.

¿Qué nueva sorpresa le esperaba ahora?

* * *

—Tu destino es Boreal.

—¿Boreal? —repitió Mark Davis, clavando los ojos en Casiopea.

—Sí —asintió ella, con expresión vaga, hipnótica casi, erguida frente a Mark y a Shirley que, estrechamente abrazados, asistían en una cámara de muros borrosos y fosforescentes a la manifestación de la voluntad tiránica de «Kabxë-Kahn»—. El «amo» ha hablado, y señalado ese destino. Has de llegar a Boreal, donde el gran rebelde de «Eterna», el caudillo Cepheo, dirige a los

«microentes» de aquella tierra lejana, enemiga del poder absoluto del «amo», a quién pretende combatir y destruir.

—Si el «amo» es un superhombre como aseguráis todos en «Eterna», se le puede combatir, pero difícilmente destruir —replicó Mark, tajante.

Casiopea, la dulce criatura de pies de pétalos y cabello de oro hilado sobre el verde suave y terso de su faz hermosa, siguió impertérrita:

—Cepheo y sus «microentes» son fuertes. Disponen, además, de una poderosa fuerza para protegerse de nosotros y del «amo» y su justa furia: una capa electromagnética que preserva su ciudad oculta en los yermos de Boreal, de todo ataque. Incluso es imposible hallarla o detectarla, porque su propia defensa magnética lo impide. Es como vivir en un caparazón invulnerable. Y desde allí, planean el fin de «Eterna» y su feliz existencia.

Mark no objetó nada, aunque ácidos comentarios acudieron a sus labios. Sólo repuso, burlón:

—El «amo» será suficiente para resolver el problema. Un rey o un gobernante, en mi mundo, es capaz de enfrentarse a un rebelde. ¿No va a serlo vuestro tirano?

—Ofendes a «Kabxë-Kahn», hombre rubio. Pero él no se inmuta por tu osadía. Quiere de ti un viaje a Boreal. Es penoso y difícil. También peligroso.

—¿Y... largo?

—No hay longitud en «Eterna». Puede ser breve o eterno, sin que adviertas el transcurso del tiempo. Cuando llegues a Boreal, Cepheo te capturará. Pero tú serás para él un fugitivo del «amo», un extranjero secuestrado, que ha huido de aquí y busca su apoyo.

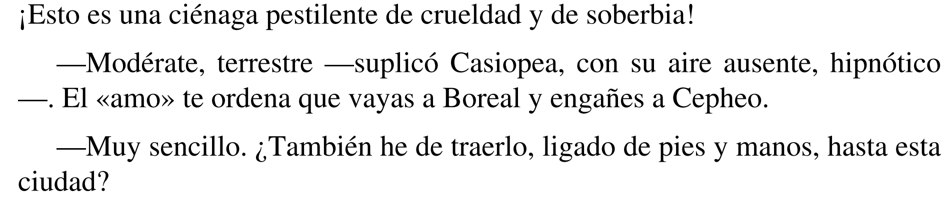
—¿Cepheo me creerá?

—Sí, te creerá. Cepheo ha sido el hombre que me amó locamente, hombre rubio.

—¿De veras? —Mark miró con estupor a Casiopea—. ¿Y tú estás contra él?

—Yo sólo sirvo a un «amo». Además, el amor está prohibido en «Eterna». En nuestro mundo, los seres nacen sin que el amor intervenga. La creación artificial del «amo», aniquilando a los elegidos, y extrayendo de ellos la vida para nuevos «superseres», aleja de nosotros el peligro del amor. Cepheo fue castigado a morir por poner sus sentimientos en mí. Si se salvó, en lucha con los gérmenes y pudo huir, fue porque le ayudaron. Y sus colaboradores fueron las víctimas de los gérmenes entonces.

—Dios mío... —Mark inclinó el rostro ensombrecido; cada vez odiaba más la tiranía feroz y fanática de aquel extraño «Kabxë-Kahn» a quién jamás había visto, pero cuyo poder era indiscutiblemente enorme. Repitió—: Dios mío...



¡Esto es una ciénaga pestilente de crueldad y de soberbia!

—Modérate, terrestre —suplicó Casiopea, con su aire ausente, hipnótico —. El «amo» te ordena que vayas a Boreal y engañes a Cepheo.

—Muy sencillo. ¿También he de traerlo, ligado de pies y manos, hasta esta ciudad?

—No. Bastará con que tú entres allí. Y para ayudarte, llevarás dos compañeros en el viaje.

—Uno, será Shirley, mi mujer —dijo Mark duramente, apretándola contra sí—. ¿Y el otro?

—Lo siento, pero ella no irá contigo —Casiopea fijó su mirada jaspeada, extraña, en Shirley Ann, que se sintió sobrecogida por el terror—. No puede ir. Es orden del «amo».

—¡Ella vendrá a mi lado, o yo no haré nada para vosotros! —aulló Mark.

—No vendrá. Iremos dos personas, sí. Pero ninguna será tu mujer. Seremos otro y yo. Eso es todo por ahora, terrestre.

—¡Shirley no se quedará aquí!

—Se quedará, te guste o no. No será prisionera ni correrá peligro... mientras tú te comportes como espera el «amo».

—¡Dile a tu ridículo y grotesco «amo» que no acepto más órdenes ni admito nuevas tiranías! —sin soltar a, Shirley, que se apretaba contra él, miró con ojos llameantes a Casiopea—: ¡Díselo así de una maldita vez...!

—Mark, por favor, no me dejes —suplicó la linda joven, uniéndose a él con fuerza—. No quiero volver a verme sola en este horrible mundo de locura... No quiero, Mark, cariño.

—Y no lo lograrán. Tendrán que echarnos juntos a sus voraces gérmenes, o seguiremos unidos de por vida. ¡Nada ni nadie me arrancará a Shirley de mis brazos!

—Vuelves a equivocarte en tu ignorancia de la fuerza de nuestro «amo» y señor —musitó Casiopea como quien recita una idea ajena. Y Mark estaba seguro de que su mente era sólo espejo ahora de la voluntad superior de «Kabxë-Kahn»—. Ya que así te opones a sus deseos, terrestres, habrás de ser escarmentado...

De repente, Mark intuyó el peligro, aunque Casiopea nada había hecho, y todo parecía igual. Ante sus ojos, la visión se nubló, cubriéndose de rápidos círculos concéntricos que se tornaron espirales infinitas.

—¡Shirley! ¡Shirley! —gritó desesperado.

Y al estirar los brazos con más energías, para seguir aferrando el esbelto cuerpo querido, se encontró con que los extendía en el vacío, y en la nada se

agarrotaban sus dedos sin encontrar a Shirley.

Se encontró caminando por la espiral misma que su visión le mostraba, una espiral de ondas de luz, sin principio ni fin, como un tubo maldito con destino a la nada.

Al otro lado de las espiras de luminosidad, una tiniebla impenetrable, de extraño color jaspeado, ofrecía su hermetismo absoluto. La voz de Mark se perdía en ecos extraños, lejanísimos y remotos, como repetido por mil cavernas de metal:

—¡Shirley! ¡Shirley, ven! ¡Oh, Shirley, no te apartes de mí...!

La espiral giraba, giraba, a medida que él la recorría en su inacabable extensión. De repente se quebró en una cascada de luz y chispas, con la que él mismo se sintió lanzado a un abismo de mil colores cambiantes y flamígeros. Una voz hueca, lejana, dulce y melodiosa, llegó hasta él, envuelta en ecos burlones:

—He tenido que hacerlo, Mark Davis... Eres un rebelde y sólo proyectándote a la dimensión quinta, era posible apartarte de ella. Pero no sufras ni temas. A ella no le ocurrirá nada. Te estará esperando, libre y a salvo... si tú cumples tu misión en Boreal... Recuerda, Mark Davis... Serás un fugitivo de mi poder... un nuevo aliado para Cepheo... y tu esposa me responderá del éxito de tu viaje, que me proporcionará el fin de los rebeldes de Boreal...

Mark se hundió entre luces y llamas sin calor. Se le nubló la mente, como a su llegada a «Eterna»...

CAPÍTULO VIII

HACIA B0REAL


UÉ lugar es este?

Mark abrió los ojos, aturdido aún. Encontró sobre su cabeza un cielo aún más extraño que aquel de las burbujas. Éste lo formaban cortinas irisadas de ráfagas de luz, cayendo hasta desintegrarse a escasa altura sobre su cabeza.

Advirtió que el lugar donde yacía se agitaba suave, onduladamente. Se incorporó sin sentir dolor ninguno físico, y parpadeó, antes de ver el rostro de Casiopea, inclinado sobre él, en curiosa y dulce vela. Parecía ser siempre la bella criatura de las guedejas de oro la angélica custodia de sus sueños.

—Casiopea... —musitó Mark, tocándose las sienes con ambas manos—. ¿Qué ha ocurrido, adónde he ido a parar ahora?

—Estamos camino de Boreal, terrestre —sonrió ella con su singular boca redonda—. Éste es el Mar de Espuma, el peligroso océano de espumas de plata y monstruos submarinos de implacable ferocidad. Hay que cruzarlo para llegar a las Junglas de la Luz Fría, después de las cuales está Boreal, el reino de Cepheo.

Mark se irguió algo más... y descubrió que en realidad se hallaba en una nave extraña, puntiaguda y opalescente, de caparazón casi metálica pero translúcida. Flotaban sobre un mar espumoso de plata burbujeante, que no parecía tener fin, ya que moría en un lejano horizonte bañado de ráfagas de luz como las del cielo situado encima de ellos.

De pronto descubrió asombrado que un hombre, situado de espaldas a él, conducía aquella nave. «Un hombre» auténtico, no un «superser» más o menos humanoide en su nueva contextura. Incluso le resultó conocido su aspecto físico y le llamó:

—¡Bartok!

El abogado de Hollywood volvió la cabeza. Centellearon los lentes ante sus ojos, vivos y joviales. Soltó la palanca que empuñaba y corrió hacia Mark con los brazos abiertos.

—¡Cielos, Davis, al fin ha recobrado el sentido! —exclamó, jubiloso. Se abrazaron ambos hombres como si realmente fueran hermanos entrañables. La mutua alegría de encontrarse, estallaba incontenible—. ¡Es magnífico encontrar a alguien igual que uno, en este cochino mundo de seres extraños y cosas más extrañas aún!

—Bartok, amigo. De modo que también usted vive... ¿Es acaso el compañero de viaje que me han destinado?

—Creo que sí —asintió el abogado—. Ese «amo» o lo que sea, me designó para ir con usted a un sitio llamado Boreal, que maldito sí sé lo que es. Dijo que usted mandaba en la expedición. Y que le obedeciera en todo. También dijo que por nada debíamos quitarnos estos cinturones, o no llegaríamos vivos jamás a Boreal.

Entonces advirtió Mark que su sencilla ropa ceñida al cuerpo, lucía ahora un ancho cinturón cobrizo, con un disco negro en su centro, y dos compartimentos reducidos, cerrados con un broche, a ambos lados del mismo. Lo tocó, intrigado.

—Dices bien, terrestre —recitó Casiopea, mirando a Bartok—. Nunca os despojéis de él. Los peligros del Mar de Espuma se combaten con lo que contiene el compartimento izquierdo. Los de la Jungla de Luz Fría, con lo del derecho.

—¿Y este disco central? —Mark lo tocó, curioso.

—Ése se reserva para casos de gran importancia... en el mismo Boreal —sonrió enigmáticamente ella—. No preguntes más, hombre rubio.

Mark, erguido en la extraña embarcación, estudiaba la inmensidad cubierta de argentada espuma. ¿Qué clase de peligros podía haber allí? pensó para sí. Era todo tan sorprendente en «Eterna»...

—Si a Shirley le ocurre algo, destruiré a «Kabxë-Kahn», por muy grande que sea —rugió, aferrando el cinturón—. ¡El maldito canalla me pagará cara esta infamia!

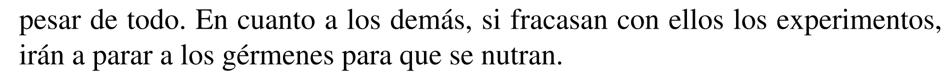
—No debes sufrir por ella. Está bien y en libertad. Cumpliendo tú, nada has de temer. El «amo» cumple siempre sus promesas.

—Parece ser realmente un dominador de los espacios y del tiempo, Mark —musitó asustado Bartok—. ¿Cree usted que esto que nos está ocurriendo puede parecer posible, si se piensa fríamente? Yo aún creo a veces que estoy soñando.

—Sería una horrible pesadilla —replicó Mark, ceñudo—. ¿Se ha dado cuenta de la absurda aventura desde que empezó? ¿Por qué el «amo» secuestró aquel avión en Los Ángeles? ¿Cómo lo hizo, cómo alteró las Leyes físicas del Universo, cómo convenció a los demás terrestres para hacerlos suyos? ¿Y qué finalidad buscaba con todo eso?

Casiopea lanzó una breve, suave carcajada musical, llena de melodiosa armonía. Los dos hombres se volvieron a mirarla.

—Puedo referiros ese misterio —musitó ella dulcemente—. El «amo» buscaba seres perfectos físicamente, para entrenarlos y tratar de hallar el enemigo apropiado contra Cepheo. Ha tenido la suerte de encontrarte a ti, hombre rubio. Eres el ideal físico e intelectual que imaginó el «amo», para enfrentar a Cepheo. Lástima que seas tan díscolo, tan rebelde. Pero servirás, a


pesar de todo. En cuanto a los demás, si fracasan con ellos los experimentos, irán a parar a los gérmenes para que se nutran.

—¡Cielos, qué horror! —Mark se estremeció, lívido, y apretó los puños con coraje.

—En cuanto a su modo de secuestraros y arrancaros a vuestro propio Universo, es sencillo para su poder sin límites. Tiene en sus manos la fuerza capaz de alterar las leyes físicas, pero solamente de aquellos seres a quienes él escoja para la mutación. También puede alterar la materia, proyectar de una a otra dimensión. Eligió la Tierra, y para empezar sus experimentos, escogió de ella a un puñado de seres cualesquiera. Fue aquel avión el elegido. Pero los ocupantes habían sido previamente sometidos a su poder hipnótico sin límites, les absorbió mente e ideas, convirtiéndoles en marionetas vivas, a su mando. Hasta Júpiter, seguisteis ligados en parte a las leyes físicas y mecánicas. A partir de allí, su mando fue absoluto, total. Pero tú, Bartok, entraste en ese avión por error, y por tanto no eras una marioneta más. En cuanto a ti y a tu mujer, recuerda que tomasteis los billetes para aquel preciso avión a última hora, cuando el «amo» tenía elegidos y seleccionados ya sus cobayas. Por eso llegasteis a «Eterna» sin sometimiento mental ni obediencia, pero sí drogados para adaptaros a su Ley. El «amo» pudo haberos cambiado, transformando vuestros cerebros como los otros. Pero ha de ser tal como sois, con vuestra propia inteligencia y astucia, con lo que venzáis a Cepheo... Eso espera y cuando el «amo» espera y desea en algo, es que es así —concluyó, fanática, Casiopea.

Mark Davis y Bartok cambiaron una rápida mirada inquieta. El joven actor habló primero, tras una corta pausa:

—Cobayas humanos... ¡Es horrible! Si al menos en la Tierra llegaran a saberlo... a poder combatir una idea tan espantosa...

—No pueden saber nada. Ni siquiera escrutando los espacios o recorriendo los cielos con sus naves, Davis —dijo sombríamente Bartok—. Esto es «más allá» de todo lo conocido, lo sospechado e incluso lo accesible: Nadie podría llegar hasta aquí... si no fuera requerido por el «amo». Eso es lo realmente espantoso.

Mark, sin hablar, se acercó a la borda de la afilada embarcación. Miró al océano de espuma argentífera, sin límites ni isla alguna. Respiró hondo y dijo para sí:

—Luchar... ¡Luchar es lo único que pido! Y ni siquiera hay medios de lucha para...

—¡Cuidado! —Casiopea, aterrorizada, señaló hacia la espumosa superficie marina—. ¡El «argentosaurio»!

La embarcación dio una brusca, brutal sacudida. Bartok lanzo un chillido, protegiendo a Casiopea con su propia figura rechoncha, casi cómica, y Mark

Davis se tambaleó, al borde de la embarcación, mirando con estupor la inmensa forma que surgía de entre oleadas de espuma centelleante, como una enorme ballena de deslumbradora piel de plata.

Pero la cabeza era la típica de cualquier monstruo antediluviano de la Tierra, la de un fabuloso saurio de la Era Terciaria. Largo morro, escamosa piel rematada en el lomo interminable por una sierra de agudos pinchos prolongada hasta la cola ingente...

El pavoroso monstruo sacudió de sus colosales espaldas auténticos torbellinos de espuma, y giró su corpachón fabuloso contra la ligera embarcación ocupada por los tres viajeros. Mark, petrificado por el horror, no acertó a moverse ante la visión apocalíptica.

Cortando la espuma de plata con su mole, el «argentosaurio» acudía como una flecha, abiertas unas fauces tremendas, en las que los dientes afiladísimos, punzantes, brillaban como marfil. La cavidad bucal era una sima profunda, una caverna atroz para ellos...

—¡El cinturón, terrestre! —gimió Casiopea, incapaz de utilizarlo ella misma.

Bartok tampoco parecía demasiado decidido a encararse con la fiera del océano plateado. Y fue Mark Davis, una vez más, quien olvidó temores y dio un paso adelante, como un pigmeo grotesco frente al más terrible e invicto de los gigantes.

Su mano abrió de un tirón el compartimento izquierdo. Aquel había citado Casiopea como el apropiado para luchar con los peligros del Mar de Espuma. Dios quisiera que estuviese en lo cierto.

Dudó de ello al ver entre sus dedos una simple esfera de vidriosa apariencia y color rubí, sin ningún aspecto peligroso. Mark alzó la vista. La sombra apocalíptica del «argentosaurio» ocultó a ojos de Mark la brumosa luz del cielo irisado. Una pata colosal, rematada por engarfiadas zarpas de plata, se levantó para aplastar la embarcación.

Mark no vaciló más.

Ignoraba cómo podía emplearse la esfera, pero lo lógico le pareció lanzarla al interior de la boca del saurio terrorífico. La esferita roja saltó entre sus dientes y rebotó al interior de la ciclópea garganta.

La zarpa se abatió, a pesar de todo, sobre la embarcación. Un torbellino de espuma inundó su superficie, se volcó la nave, y los tres cayeron entre los remolinos plateados de aquel océano, a una muerte cierta...

Mark se zambulló en medio de un líquido espeso, plomizo, de intenso color plateado, cuyas burbujas le ahogaban materialmente. Vio a Casiopea, rubia y frágil, agitarse no lejos de él, en tanto Bartok pugnaba por librarla, de hundirse en la mortal inmensidad.

El «argentosaurio», después de tumbar la nave, se dirigió hacia ellos. Nada parecía haberle hecho la esfera de rojo brillo, y sus fauces espantosas se abatieron sobre Davis...

Entonces pareció estallar todo en derredor de Mark, el océano se agitó epilépticamente, y una llamarada fulgurante, deslumbradora, apareció donde antes abrían las fauces del monstruo marino. Una centella de luz helada pareció recorrer todo el cuerpo del saurio, y se descubrió su colosal esqueleto bajo la piel desintegrada y la carne volatilizada. Después, la osamenta fabulosa, igual que si hubiera sido devorada por cien millones de peces carnívoros, se hundió en la espuma, como rastro final de la pavorosa fiera.

Tras un remolino vertiginoso de espumas de plata, el mar de «Eterna» recobró su calma anterior.

—¡Casiopea! ¡Bartok! —llamó Mark, luchando con las oleadas de espuma que le asfixiaban.

Les vio nadar a duras penas, muy cerca de él. La nave volcada, flotaba aún sobre la espuma. Si le fuera posible alcanzarla...

Lo intentó, forzando sus músculos hasta lo indecible. Nadó como jamás había nadado en su mundo ni hubiera podido hacerlo, acaso porque aquí la elasticidad física era más amplia y libre.

Alcanzó el borde de la nave, casi exhausto. Se izó a ella, tensando sus poderosos músculos, que eran como manojos de acero bajo la piel tersa, plateada por la espuma.

Poco después, lograba arrastrar la volcada embarcación hasta donde Casiopea y Bartok estaban a punto de ser engullidos por el abismo de espuma, y los rescataba con vida, izándolos a bordo...

* * *

—Ésta es la jungla de la Luz Fría, el umbral del reino Boreal...

Mark se quedó sin aliento, contemplando lo que se extendía desde la orilla del Mar de Espuma en adelante. Era como llegar al Polo, pero a un Polo fantástico, como creado por un hombre o un artificio no natural. Sin duda aquella materia, dura como el acero, había sido hielo en su formación primitiva. Ahora, eran agujas heladas, duras e inamovibles. Pero agujas por miles, por millones, infinitas, sobre un cielo rojo intenso, cruzado por bandas movibles de luz azul o blanca. Las agujas de hielo, de altura escalofriante, despedían luz azulada, espectral y helada. El frío saturaba hasta los huesos. Y aquellos millones de agujas formaban recovecos, sendas y calles, en una jungla asombrosa y alucinante, sin igual en parte alguna.

Extenuada, Casiopea avanzaba delante. Detrás, iba Mark. Y luego, Bartok cerrando la marcha. La luz gélida les hería la vista, dañándola. Y les hacía estremecer a cada momento...

—Moriremos helados si esto dura mucho —gimió Bartok, tembloroso.

—Es grande la selva de los hielos eternos —asintió Casiopea—. Pero en ella acostumbran a penetrar los ícaros de Aquila.

—¿Ícaros? —Mark enarcó las cejas—. ¿Quiénes son esos?

—Aquila es el rey de los voladores. Seres dotados de la facultad de volar, aliados de Cepheo y sus «microentes». Si ellos nos encuentran, nos llevarán por sus caminos aéreos hasta Cepheo y su ciudad secreta.

Mark asintió. Ya nada le sorprendía. Superdotados humanoides similares al hombre, con alas o sin ellas, eran cosa ya habitual en «Eterna». Y sin embargo, «Kabxë-Kahn» creía ciegamente en la inteligencia y poder de un simple terrestre. Era extraño...

Caminaron durante lo que en la dimensión-tiempo serían horas y horas. Allí transcurrían sin advertirlo uno mismo. Y retrocediendo atrás la memoria, sorprendía lo simultáneo de todos los acontecimientos. No se sentía noción alguna de tiempo transcurrido.

—Creo que debemos descansar —advirtió Mark, tras una vuelta más a las agujas de hielo, al descubrir que otra inmensa selva de obeliscos gélidos y azules, bañados de rara luz, aparecía ante ellos—. Nos helemos o no, esto no tiene fin.

—Caminemos aún —rogó Casiopea—. Si nos paramos, será nuestra muerte por el frío...

—¿Y la vida perfecta prometida por el «amo»? —se burló Mark—. ¿Dónde está ahora?

Casiopea no le respondió. Bartok no podía ya con su alma. Se apoyó en Mark, gimiendo:

—No puedo... No puedo seguir adelante, Mark. Somos débiles los hombres, amigo mío...

Mark se dispuso a tirar de él, cuando Casiopea retrocedió, llena de terror.

—¡Atrás, atrás! —gritó—. ¡Huyamos pronto!

—¿Qué ocurre? Creí que los ícaros eran amigos de Cepheo...

—¡No son los ícaros! —Casiopea hubiera huido, de no frenarla Mark—. ¡Son los gélidos!

—¿Los gélidos? ¿Qué nueva especie es ésa, pequeña? Vamos, no temas nada...

—Son... son horribles seres que viven entre estos hielos eternos y brotan por miríadas. Pálidos, helados y sin otra vida que la puramente orgánica... ¡Son como «hielo vivo»!

Y Casiopea tenía razón. Asombrado, Mark asistió a un nuevo prodigio. Por

un recodo de la selva de agujas frías, asomaron los seres más extraños e informes que jamás viera. Eran como estalactitas vivas, cristalinas y azules, dotadas de unas aletas que les permitía reptar. Avanzaban por millones hacia ellos, formando un ejército denso y rígido.

—¿Cómo atacan? ¡Deprisa, dímelo, Casiopea! —apremió Mark, sujetándola con energía.

—Absorben... absorben calor... energía vital... —jadeó ella—. Le arrollan y cubren a uno, nutriéndose de él. Después, se van... y únicamente queda un cuerpo, momificado y frío por dónde pasaron los gélidos... ¡Ya están aquí, Mark! ¡Vamos!

Davis no retrocedió, aunque Bartok y Casiopea corrían ya a sus espaldas. Dada la velocidad y número de los abominables gélidos, difícil sería escapar a su ataque por piernas.

Recordó que el «amo» les había dotado de armas también contra aquellos peligros. O tal vez no había previsto a los temibles gélidos, pero había que probar... a la desesperada.

Del compartimento derecho del cinturón metálico, salió un estrecho cilindro dotado de una espita dorada. Giró su conmutador, enfilándolo contra los gélidos, y esperó... El sudor perlaba su rostro rubio y endurecido, pese al intenso frío.

Los gélidos, deformes y helados, se movían reptando, sacudiendo sus aletas en el suelo petrificado. Estaban muy cerca, podía sentir la llegada, en oleadas sutiles, de su glacial peligro hasta él.

Por la espita de oro brotó una lengua llameante, sibilino cómo un reptil. Un chorro ígneo cayó sobre los gélidos... y ocurrió lo asombroso.

Pulverizóse su hielo informe, formándose una nube densa en el aire y chirridos como de algo vivo que agoniza, llegaron a los oídos del bravo luchador terrestre. Por miles, al contacto, del persistente chorro de fuego líquido, los gélidos se descomponían, desintegrándose su naturaleza.

Pero todavía quedaban más, muchos más detrás del amplio claro abierto por Mark, y éstos se movieron ferozmente hacia el joven de rubia melena, dispuestos a destruirlo.

Mark oprimió el resorte, pero el tubo ya no extrajo nada. Lo tiró con ira, y se dispuso a correr, perseguido por el pavoroso, invencible enemigo de hielo.

Pero sabía que no podría huir.

—¡Mira, Mark! —aulló Bartok ante él, señalándole a la altura—. ¡Mira allí...!

Mark se detuvo apoyándose en una aguja de hielo, para alzar los ojos al extraño cielo cárdeno. Lo vio surcado por cientos de figuras aladas. Parecían

aves gigantes, águilas o cóndores majestuosos. Pero pronto advirtió que su forma era humanoide, similar a la de los murciélagos, pero más hermosa y con la cabeza oval, pelada, humana... Alas membranosas, flexibles, se abrían a sus costados. Manos sin dedos, accionaban contra los gélidos unos instrumentos que arrojaban torrentes de fuego líquido.

Los monstruos del hielo escaparon, dispersos por el violento ataque desde la altura. Los alados humanoides, giraron en revoloteos veloces, hasta descender ante los tres fugitivos, sin soltar sus armas.

Ojos blancos o azulinos, inexpresivos y hostiles, se fijaban en ellos sobre la boca con forma similar a la de los peces. Uno de los alados, más alto, hermoso y bien formado, de alas muy blancas, ojos azulados, rasgadísimos, boca más armoniosa y cuerpo extrañamente enjuto pero bello, avanzó hacia ellos. Habló en la lengua de «Eterna».

—¿Quiénes sois? ¿Qué buscáis en la Jungla de la Luz Fría? ¿Acaso la muerte?

—La muerte sería un buen camino —asintió Mark—. Mejor que morir bajo la zarpa de «Kabxë-Kahn».

Los ojos helados se fijaron en él, estremeciéndose las vibrátiles alas.

—¿Quién eres tú, que así hablas del «amo»? —preguntó, intrigado—. No eres de nuestro mundo.

—No. Fui ¡secuestrado de la Tierra —Mark habló, seguro de sí—. Mi amigo Bartok también. Me llamo Mark Davis. Hemos huido a la tiranía del «amo» y sus esbirros. Casiopea ha huido con nosotros. Vamos hacia Boreal.

—¡Casiopea! —el alado mostró su asombro y maravilla. Miró a la beldad rubia—. La amada de Cepheo...

—Sí —era ella quien hablaba. Como cuando lo hacía reflejando la voluntad de su «amo», mecánica y fríamente—. Quiero aún a Cepheo y nos admito la ley del «amo». Voy en su busca.

—Entonces, bien venidos a Boreal —un gesto que era una sonrisa, animó la faz del arrogante volador—. Yo soy Aquila, rey de los ícaros... Venid con nosotros a Boreal, amigos...

Agitó sus manos, desprovistas de dedos. Señaló el espacio. Un ícaro aferró a Mark y le situó sobre su espalda a horcajadas, elevándose en vuelo majestuoso. Otros dos hicieron lo mismo con Casiopea y Bartok. El pobre abogado californiano, no salía de su mudo estupor, viendo tanto prodigio ante sus ojos terrenos.

El cielo rojo les engulló. Mark experimentó la sensación de estar volando por entre brumas escarlata, sin ver el suelo ni luz alguna.

Los ícaros volaban en línea recta, como flechas, y era prodigioso sentirse

en las alturas, sobre sus espaldas. Un viento helado agitaba los rubios cabellos de Mark.

Cuando descendieron, Mark no podía saber la medida del tiempo transcurrido, porque su concepto del tiempo había sufrido una transformación. Pero sabía que habían volado mucho.

Avistaron unas montañas singulares, de forma dentada y colosal, apuntando a un cénit salpicado de manchas de colores. Las rocas tenían un matiz negro, brillante como el ónix.

Al descender los ícaros y sus tres pasajeros, dos grandes rocas negras, de centelleante superficie bruñida, se abrieron sin ruido. Una abertura inmensa les acogió. Se cerraron detrás las compuertas rocosas.

Una caverna inmensa, de proporciones colosales, apareció ante ellos. Aparecía toda ella bañada de luz azul, cálida. Y en su centro, encerrada en una esfera de materia cristalina, transparente, una ciudad portentosa, de edificios metálicos, cubiculares o esbeltos, rematados en torres agudas, que recorrían pequeños seres de un tamaño inferior a un tercio de Mark Davis, epidermis rosada y cráneos pelados, como los ícaros. Sus ropas eran multicolores y graciosas, de línea sobria.

Rostros curiosos se pegaron a las paredes esféricas, viendo la llegada de los alados visitantes. Una amplia puerta se abrió en el vidrio. Se cerró tras engullir a los viajeros, que se quedaron encerrados en un compartimento grande, totalmente cerrado por muros de vidriosa apariencia. Luego, otra compuerta se abrió, depositándoles en una calle metálica, amplia y concurrida.

Los «microentes» les miraron con atenta curiosidad y sin hostilidades. Aquila, soberbio, saludó a un escuadrón militar, armado de extrañas lanzas rematadas por discos brillantes, y le dijo algo en voz baja al oficial «microser» que los dirigía. Asintió éste y fueron escoltados por el centro de la calle metálica hacia el edificio más alto y macizo de toda la ciudad encerrada en la esfera. Sobre sus cabezas, sólo les separaba de la altísima bóveda de viva roca negra el cristal cóncavo de la esfera, brillando cegador al reflejar la luz propia de la pequeña ciudad oculta. Sin duda la secreta capital del reino de Boreal, la ansiada meta de los tenebrosos designios de «Kabxë-Kahn».

Mark había experimentado, nada más hablar con Aquila, la simpatía mutua, de los hombres nobles que combaten por algo justo y honrado. Ahora, ante los diminutos seres de Cepheo, su simpatía aumentaba. Le gustaba aquello. No era el mundo hostil y ácido del «amo», pintado falsamente de bellas formas para engañar al extraño, como le hicieran a él. Estos otros habitantes de «Eterna» no buscaban halagar los sentidos con la armonía delicada de los colores o la belleza de seres, edificios y campos. Pero todo respiraba bondad y solidario afecto.

Corredores metálicos, firmes y fríos, sin belleza arquitectónica y variedad de tonos, les condujeron por el interior del edificio central hasta una gran nave, en la que un verdadero ejército de soldados «microseres» les registraron, despojándoles de todo utensilio sospechoso. A Bartok y a Casiopea les quitaron los objetos de los compartimentos laterales del cinturón. Sólo éste y las ropas les quedó encima. Entonces, Aquila, que les había abandonado antes, reapareció, indicando gravemente:

—Entrad, Cepheo os aguarda.

Mark, Casiopea y Bartok se miraron, tensos, brillantes sus ojos. Les hicieron entrar en otra esfera de vidrio, sin duda una nueva cámara protegida con una potente capa magnética, como la ciudad misma. Esa cámara subió, hundiéndose en el techo de metal.

Cuando se detuvo, lo hizo en mitad de una sala circular, ocupada con varios asientos. Se abrió la esfera y salieron los tres, seguidos de Aquila, que les servía de escolta.

—Ya estáis en la misma residencia secreta de Cepheo —señaló el rey de los ícaros—. Sólo porque sois extranjeros en «Eterna», y Casiopea viene con vosotros, Cepheo se confía al veros. Jamás vio a nadie que viniera de fuera. Y muchos espías y agentes enemigos, enviados por ese maldito tirano que es «Kabxë-Kahn», murieron al intentarlo.

Mark no dijo nada. Apretó sus labios. La mirada de Casiopea le recordó sin palabras que de su propia traición a Cepheo y a Aquila, dependía la vida de Shirley, Nunca Mark se encontró en un dilema semejante. Sus nervios se tensaban como cuerdas de guitarra. No quería mentir a aquellos nobles seres. Tampoco quería destruir su comunidad, lo que sin duda ocurriría con sólo utilizar el disco negro de su cinturón. Estaba seguro de ello, tras haber visto la fuerza y virulencia de las armas utilizadas en el Mar de Espuma y en la Jungla de Luz Fría.

Pero de todo ese odioso mal que podía causar él a Boreal, dependía la vida de la mujer amada. ¿Cómo comportarse noble, abiertamente, delatando la falsía de la amada de Cepheo, voluntaria o no, y negándose a cometer la infamia, si el «amo» esperaba ese fallo suyo para aniquilar a Shirley Ann de un modo feroz e implacable? Mark no podía olvidar los espantosos gérmenes... ni tampoco las armas pavorosas y el poder demoníaco de «Kabxë-Kahn».

Y sin embargo, no podía... ¡No podía hacerlo!

La pared lateral se abrió. Una puerta curvada dejó paso al ser más hermoso que jamás había visto Mark Davis en «Eterna». Altísimo, atlético, de piel color cobre, pelo azul, leonino y espejeante, ojos rasgados, ambarinos. Digna pareja de la belleza dulce de Casiopea.

—Mi hermosa Casiopea —musitó Cepheo con frialdad inexplicable,

mirándola en brazos del rubio terrestre—. Te amé mucho... Mucho, hasta que el «amo» te despojó de tus sentimientos y de tu cerebro, para hacer de ti un autómata, amor mío.

Luego, alzó los ojos helados, que clavó en Mark Davis y en Bartok. Aquila, asombrado como el propio Mark, permanecía en pie junto a ellos.

—En cuanto a ustedes, no saldrán vivos de aquí —dijo con su implacable tono el rey de los «microentes»—. Sé lo que son: espías de «Kabxë-Kahn».

—¡No! —gritó Bartok, atemorizado—. ¡Venimos huyendo del «amo»!

—Mienten. Yo sé a lo que vienen. Aquila, terminad con ellos. Y también con Casiopea. Hace mucho que ya no es la Casiopea a quién yo amé, sino otra esclava del «amo», como estos extranjeros.

Después de dictar aquella implacable sentencia, Cepheo dio media vuelta y se dispuso a salir de la estancia circular.

CAPÍTULO IX

EL «A M O»



SPERA, Cepheo!

El caudillo de Boreal se detuvo, girando la cabeza al enfático, firme tono de Mark Davis. Las miradas de los dos se cruzaron con igual dureza.

El rubio terrestre avanzó un paso hacia Cepheo, sin que Aquila se despegara de su lado, amenazador.

—¿Qué quieres tú, extranjero? —preguntó Cepheo con acento helado.

—Hablarte todavía, antes de morir.

—¿Vas a pedir clemencia? ¿O a justificarte como inocente? —se mofó

Cepheo.

—No voy a hacer nada de eso —Mark levantó, soberbio, su dorada cabeza. Los músculos de su cuello eran como tendones de acero, vibrantes y firmes—. Soy culpable. No he venido como amigo ni pido clemencia por ello. Mi objetivo era uno: aniquilarte a ti, aniquilar tu pueblo escondido. O más bien, abrir el camino a «Kabxë-Kahn» para que te aniquilase.

—¡Mark, por favor, no seas loco! —gritó Bartok, frenético—. ¡No hables así!

—Calla tú, extranjero —ordenó bruscamente Cepheo—. Sigue, hombre rubio.

—Yo soy de un mundo remoto, de un Universo al que no pertenecéis. Fui arrancado de él con otros hombres, secuestrado por el poder de «Kabxë-Kahn». Alteró las leyes físicas, aún no sé cómo, pero sospecho que por algún ingenio mecánico. Y nos trajo hasta aquí, para experimentar con nosotros. Buscaba al ser capaz de llegar a ti y aniquilarte. Pensó que yo era ese ser. Mi mujer venía conmigo. La amo como amaste tú a Casiopea antes de ser una esclava del «amo». Y ahora...

—Sigue. Ahora ¿qué?

—Está prisionera de «Kabxë-Kahn». Es el rehén por mi traición contra, ti. Si no te aniquilo, morirá, ella. ¿Comprendes ahora, Cepheo?

—Sí. ¿Esperas el perdón acaso?

—No. Sólo quiero que me comprendas. No te odio. No odio a tu pueblo. Creo que os admiro y estoy a vuestro lado. Haces bien en aniquilarnos, antes de que ocurra lo irremediable. Y será mejor que nos arranques estos cinturones, Cepheo. En ellos va, tal vez, tu muerte...

Cepheo y Aquila se miraron con estupor. Luego, clavaron los ojos en los cinturones. Mark había depositado suavemente a Casiopea en un asiento.

—¡Los cinturones! —Aquila dio un paso hacia ellos—. ¡No es posible!

—Ese disco negro... —los ojos de ámbar de Cepheo brillaban—. Cuidado, Aquila. Extranjero, ¿por qué me dices eso?

—Si Shirley Ann ha de morir, no quiero que tú sigas su horrible muerte —dijo Mark, pálido pero sereno. Tocóse el cinturón—. Arrancádnoslo, antes de que sea tarde...

Aquila avanzó hacia el cinturón de Bartok, que parecía atónito, desconcertado. Y Cepheo mismo se movió hacia Mark Davis sin vacilaciones.

—¡No! —aulló Bartok de repente, echándose atrás—. ¡No lo lograréis malditos! ¡Nunca lograréis esto...! ¡Davis, te odio, te odio, maldito traidor...!

Y al mismo tiempo, dirigió su mano al disco negro, con expresión alucinada, incomprensible para Mark. Pero no era incomprensible su intención, por absurda que pareciese.

¡Bartok iba a accionar el resorte infernal dispuesto por el «amo»!

Raudo, anticipándose en reflejo mental a Aquila y a Cepheo, Mark Davis se lanzó en una zambullida impresionante sobre el abogado. Le arrancó la mano del cinturón, a la vez que ambos caían contra la curva pared metálica, al impulso del choque.

Pero Mark se encontró con una desagradable y extraña sorpresa: Sid Bartok, el obeso abogado de Los Ángeles, le repelió con una fuerza sobrehumana, violenta, que arrojó a Mark aparatosamente contra la pared opuesta... Rápido, volvió a dirigir sus manos el abogado a la circular figura negra del cinturón.

Mark Davis se rehízo, aunque su cabeza golpeó en el metal, y se lanzó por entre los desconcertados Aquila y Cepheo, contra el yacente abogado, sin contemplación alguna.

Derrumbóse contra él, asestándole un bestial mazazo en la sien, y Bartok rodó por tierra, sin lograr tocar su cinturón.

Casiopea, entre tanto, se rehacía en su asiento, y con ojos desorbitados miraba la salvaje pugna entre ambos terrestres. Aquila corrió junto a ella y le arrancó el cinto de un violento tirón. Ella gimió, sollozante. Cepheo la miraba con odio y compasión a la vez. Ni él ni Aquila parecían resueltos a intervenir en la lucha de los dos extranjeros, que rodaban ahora por tierra intercambiándose feroces golpes.

La resistencia y energías de Bartok eran asombrosas, y Mark no se explicaba aquello. Sus brazos parecían de hierro, y un brillo demoníaco dilataba sus pupilas. Las gafas yacían rotas a poca distancia de donde ahora combatían estrechamente enlazados.

—¡Te destrozaré si te empeñas en destruir, estúpido! —rugió Mark, golpeando el suelo metálico con la cabeza del otro—. ¡Vamos, deja de resistir, necio! ¡No puedes, no puedes asesinar a estos seres, sólo porque «Kabxë-Kahn» te lo haya imbuido...! ¡Aparta de tu mente las órdenes de ese tirano monstruoso!

Pero Bartok no le oía. Seguía luchando furiosa, diabólicamente. De pronto, Mark tuvo al alcance de su mano el broche del cinturón. Rápido, hincó los dedos en él y tiró con violencia.

La prenda metálica se arrancó con un chasquido. Bartok rugió, babeando, en su afán de recuperarlo. Súbitamente, se aflojaron sus energías, osciló evidentemente, y se abatió de bruces, retorciéndose lastimosamente, como en un fuerte ataque epiléptico.

—El... cinturón... —boqueó, mortalmente lívido—. El... cinturón... o moriré...

—Cepheo; amor mío... Ya me has recuperado tal como era... y yo a ti. ¡No dejes que nunca más me ocurra esto! ¡No permitas que el «amo» me secuestre

y convierta en esclava! ¡Mi amor, me quedo contigo para siempre!

—Casiopea, así hablabas tú antes... —Cepheo parecía atónito—. ¿Cómo puedo saber que ahora... eres de nuevo la de antes?

—Ese cinturón, Cepheo —susurró ella—. Era... el control de «Kabxë-Kahn».

—¡El control! —Mark, rápido, se despojó de su propio cinturón. No experimentó cosa alguna. Seguía siendo él mismo. Miró a Cepheo, con viveza —. No advierto nada diferente, Cepheo. Yo sigo siendo el mismo sin cinturón. Jamás me tuvo bajo control «Kabxë-Kahn».

—Por favor, por caridad, Mark... —seguía llorando en tierra, como si agonizara, el abogado Bartok—. Mi... mi cinturón... o me aniquilas...

Casiopea avanzó, apartándose de pronto de Cepheo. Miraba con odio infinito al abogado. Inesperadamente, le espetó, ante el horror de Mark:

—¡Monstruoso tirano! ¡Falso superhombre!... ¡Cobarde asesino de tus semejantes! ¡Muere ahora, danos ese placer, maldito “Kabxë-Kahn»!

¡Casiopea acusaba a Bartok de ser «Kabxë-Kahn», el «amo»!

—¡«Kabxë-Kahn»! —Mark retrocedió, aturdido—. No sabes lo que dices, Casiopea... Estás desconcertada, te ha desequilibrado que el cinturón te haya sido qui...

—¡No, terrestre! —ella señaló, acusadora, al hombre que se retorcía en tierra—. ¡Ése no es tu amigo, ése no es ya el terrestre que llegó en vuestra nave de la Tierra! ¡Es la encamación humana de «Kabxë-Kahn» en persona, del «amo», convertido en un ser humano a quién despojó de cerebro, alma y sentimientos, para ocupar él su interior y venir en esta expedición! ¡Ahí le tenéis...! ¡Ése era nuestro «amo» poderoso e implacable... muriendo como los reptiles, retorciéndose al filo de la muerte!

—¡Bartok! —la voz dura de Mark sonó chirriante, vigorosa—. ¿Es eso cierto? ¡Hable! ¿Es cierta esa locura?

Pero el abogado no podía decir nada. Se revolcaba, espumeante su boca de furia, y estiraba una mano frenética, crispada, por asir el cinturón que empuñaba aún Mark y que a punto estuvo de ir a parar de nuevo a él, tal era el estupor del joven.

Muy a tiempo, Davis se apartó, y clavó los ojos en el cinturón. Ahora observaba que el disco central era más amplio que el suyo o el de Casiopea. Pero no se atrevió a tocarlo.

Bartok jadeó, a flor de labio, mortalmente lívido:

—Malditos... traidores... los dos... Me habéis engañado... Pero tu esposa morirá, Mark Davis. Morirá allí, donde quedó... porque vosotros no sabéis trasladaros en el espacio y el tiempo, como yo... ni poseéis el «cronordenador» para alterar con un simple mecanismo prodigioso las leyes

de los mundos y de los espacios...

—Bartok, usted... Nunca hubiera creído posible tal cosa...

—No soy Bartok. Yo le robé la mente a tu amigo Bartok, y ocupé su sitio para venir en esta expedición. Aniquilaros a todos de golpe era fácil, muy fácil... y vuestra maldita estupidez os ha dado la victoria sobre mí, el dueño...

—No, «Kabxë-Kahn» —era Cepheo, altivo y firme, quien hablaba, avanzando hacia él—. No eres ni has sido nunca el «amo» de nada, sino una de las más insignificantes, soberbias y tiránicas criaturas. La justicia Divina, te ha aniquilado ahora para que antes de morir veas tu insignificancia... y comprendas que el heroísmo y la voluntad de otros seres a quienes creíste inferiores, pudo más que tú y tú monstruoso poder. Adiós, «Kabxë-Kahn», superhombre de cristal... ¡Adiós para siempre!

Impasible, mudos, asistieron a la agonía inexplicable del ser que ocupaba la envoltura humana de Bartok. Al final, se extinguió en un estertor horrible...

Cuando quedó inmóvil, rígido sobre el suelo de metal, Aquila y Cepheo apartaron a Casiopea y al aturdido Mark de allí. Los cuatro se reunieron de nuevo, al otro lado de la estancia circular.

—Era una mente poderosa y cruel —dijo Aquila, como epitafio—. Pero limitada, no superior, como a sí mismo se creía.

—El «amo» del espacio, el tiempo y las dimensiones, muere al perder su cinturón —Mark meneó la cabeza de un lado a otro—. No lo entiendo. No podré entenderlo jamás.

Cepheo, suavemente, le quitó el cinturón de las manos. Mark se revolvió.

—¡No! Cuidado, Cepheo. Puede ser el arma destructiva que el «amo» estaba...

—No creo que su arma tenga ya valor, desaparecido su artífice —sonrió Cepheo—. Es curioso, terrestre, pero aunque tu mundo y el nuestro sean tan lejanos y diferentes, nosotros, sus habitantes, nos parecemos mucho. El héroe surge en cualquier lugar del Universo, o fuera de, él. Este cinturón no era un arma. Al menos, no el del hombre a quién tú creías Bartok. Los vuestros, sí eran armas destructivas. Era, sencillamente, su forma de mantenerse dueño de la situación, con vida, fuerza y poder para aniquilaros. Creo que es el «cronordenador» que citó. Al quitárselo, le quitaste todo. Y sin poderse desenvolver en una envoltura humana que no era la suya, se extinguió por sí solo. Despojó al verdadero Bartok de todo: cerebro, sentidos, corazón, sangre... Y sólo su mecanismo fabuloso, encerrado aquí —golpeó el disco negro—, debía mantenerle en su disfraz viviente. Al quitarle el poder y la fuerza, le quitaste aliento y vida. Se jugó todo a una carta demasiado audaz. Pero no esperaba que sus criaturas, sus esclavos, se rebelaran. Tú, nunca fuiste esclavo suyo, salvo por el rehén humano que mantenía en su poder. Pero Casiopea pertenece a nuestro mundo, y era natural que la sometiera

fácilmente, al controlar su mentalidad por medió de sus fuerzas mecánicas.

Mark asintió en silencio. Los prodigios de «Kabxë-Kahn» sólo fueron fruto de un ingenio mecánico poderoso. Entendía todo eso. Pero no pensaba ya en la derrota de la tiranía, ni en el fin sencillo y alucinante del «amo», sino... en Shirley Ann, sola e indefensa a tanta distancia, acaso devorada por los horribles y voraces gérmenes, ahora que nada ni nadie podía salvarla.

Cepheo le entendió sin necesidad de hablar. Estaba estudiando el cinturón de Bartok. De repente, se inclinó hacia Mark, le miró con su hermosa arrogancia, y le tendió el cinturón de «Kabxë-Kahn».

—Terrestre, creo que ésta es tu solución —dijo con sencillez.

Mark alzó la cabeza. Miró con asombro lo que Cepheo le ofrecía.

—¿Ésta? —balbuceó—. No te entiendo...

—Los controles de «Kabxë-Kahn» pueden darte el poder que precisas para ayudar a la mujer a quién amas. Tú no eres una marioneta ni un cuerpo vacío. Sometidos los controles del poder a tu propia inteligencia, es posible que sirvan para algo mejor que lo que pensaba la mente enfermiza y cobarde del «amo». Póntelo, terrestre. Estoy seguro de que tú puedes ser el verdadero libertador de «Eterna»...

Mark se irguió. No le movía otro afán que llegar hasta Shirley, salvarla aun a riesgo de su vida. Y ahora, cuando todo estaba perdido ya, Cepheo le ofrecía una solución. Una solución mejor que cruzar mares de espuma, bosques de hielo y peligros sin cuento. Acaso en aquella sencilla prenda de «Kabxë-Kahn», estuviera el secreto del dominio de tiempo, espacio y dimensiones que hacía tan poderoso al «amo».

—Gracias —dijo sencillamente a Cepheo—. En mi mundo, cuando un hombre hace esto por otro, se le dice: hermanos hasta la muerte.

Cepheo sonrió. Aquila también. Ambos confiaban en él. Casiopea se acercó impulsivamente a él. Le tomó la dorada cabeza, inclinándola hacia ella, y Mark sintió sus jugosos labios frescos posándose en los suyos. Era un beso curioso; un beso que unía dos Universos remotos...

—Eres admirable, hombre rubio —dijo dulcemente la hermosa Casiopea —. Tal vez no te veré ya jamás, pero te recordaré siempre. Y creo que, de no amar a Cepheo con toda mi alma, te hubiera llegado a amar a ti con locura...

—¿Sabes una cosa, hermosa Casiopea? Creo que, de no amar yo con tanta fuerza a mi esposa, hubiera sido tu más rendido amante... Adiós, amigos... y sed felices. Eternamente felices, si no volvemos a vernos jamás...

—Adiós, hermano —sonrió Aquila, agitando sus alas membranosas—. Nosotros tampoco te olvidaremos.

—Tu recuerdo queda en mí para una eternidad, Mark Davis —sonrió Cepheo, inclinándose ante él—. Y, de no llegar tú a nuestro mundo, jamás

hubiéramos sido libres...

Mark les hizo un emocionado gesto. Se ciñó el cinturón. Y en el acto, al girar el disco negro, sintió que se enturbiaba su visión y se borraban de ella todo lo que le rodeaba: Cepheo, Aquila, Casiopea...

Una espiral sin fin se presentó ante él. Una espiral de luz, sobre sombras profundas y remotas. Pero ahora no era un pelele lanzado a otra dimensión, sino una mente poderosa controlándose y sabiéndose dueña del tiempo y del espacio...

«Quiero volver... Quiero llegar hasta Shirley Ann... No importan el tiempo o el espacio... Porque yo los domino. ¡He de salvar su vida!...».

El viaje por la espiral de luz pudo durar siglos. O durar segundos. O tal vez nada. Se encontró súbitamente en un profundo abismo de muros lisos, cortados a pico, con un espeso celaje de burbujas irisadas.

—¡Mark! ¡Mark!

Fue un grito desgarrador, impresionante. Una voz humana, tierna, entrañable y querida, gritó su nombre de forma patética. Y siguió gritando, entre sollozos:

—¡Mark, Dios mío! ¡También a ti te condenan a este horrible fin!

Giró Mark sobre sus talones. Era un valle sin fin, un valle espantoso, liso y muerto, cercado de aquellos muros lisos, inaccesibles. En el centro de la llanura yerma, Shirley Ann aparecía ante sus ojos...

—¡Shirley! —gritó, corriendo hacia ella.

Estaba tendida en una piedra larga y pelada, como un ara de sacrificio humano. En torno suyo, cientos, miles de gérmenes, en horrorosa, masa alucinante, avanzaban hacia su víctima golosamente. El batir de sus alas y el roce de sus repugnantes patas, era aterrador.

—¡Vete! —clamó, desgarradora, la víctima, retorciéndose entre sus vivas ligaduras, formadas por sierpes de doble cabeza—. ¡Sálvate, amor mío!

Mark no la hizo caso. Llegó frente a la losa. Sus manos desnudas no esgrimían arma alguna. Se enfrentó a la pavorosa, ingente, amenaza de los gérmenes.

Los malignos monstruos alados agitaron sus vibrátiles antenas, al presentirlo. Se dividieron en dos columnas poderosas, implacables, avanzando hacia ellos a la vez...

CAPÍTULO X

RETORNO AL UNIVERSO



ARK resistió a pie firme, esperó a que los gérmenes estuvieran a escasa distancia suya, sintió su viscoso roce por el suelo, y las pinzas mortíferas se aproximaron a él terroríficamente. Shirley Ann gritó. Gritó con horror infinito, espeluznante...

Entonces disparó Mark su pensamiento, concentrado y poderoso:

«Destruiré toda esa horrenda plaga que asola «Eterna»... ¡Morid, gérmenes! Mi poder es el único capaz de venceros...».

Al mismo tiempo, apretó el disco negro...

El resultado fue instantáneo.

La espiral osciló, ante él, cegadora. Cuando se extinguió...

El valle yermo aparecía desierto, sin rastro de gérmenes ni de sierpes. Shirley Ann se erguía, atónita, en la larga losa de la inmolación.

—Mark... Mark, no es posible... —gimió ella—. Estamos... solos... tú y yo...

—Solos, cariño —Davis avanzó hacia ella, dueño de sí—. Solos los dos... otra vez.

Cayeron el uno en brazos del otro. El llanto de Shirley se unió a la

sibilante, emocionada respiración de Mark. Sus bocas anhelantes se unieron en un desesperado, frenético beso...

Al separarse, la expresión de Mark era enérgica. La de ella, esperanzada.

—Mark, ¿crees que esto bastará? De aquí no podemos salir... Es el lugar adonde me han llevado. Dicen que el controlador a distancia de «Kabxë-Kahn» ha dejado de emitir. Y cuando eso ocurriera, las ordenas eran de muerte para mí, en el Pozo de los Gérmenes. Aquí han sido sacrificados ya los demás viajeros del avión, Mark...

—¡Cobardes! —una furia helada invadió a Mark—. Así, sólo quedamos ya tú y yo.

—Será por poco tiempo, querido. Son muy fuertes... Nos aniquilarán...

—Ya no —Mark tocó el cinturón—. Éste es el «controlador a distancia» de «Kabxë-Kahn». Su dueño ha muerto.

—¡Oh, no! ¡No es posible!

—Sí, Shirley. No era ningún superhombre, sino un ser inteligente y poderoso, cuya fuerza era colosal gracias a sus ingenios mecánicos. Controlaba a los seres a distancia, podía desgravitarles, cambiar su materia, moverlos como marionetas. Pero de nada le sirvió eso, al perder sus controles... —le refirió brevemente lo ocurrido en Boreal—. Ahora ya sabes por qué estoy aquí. Y ya te imaginas lo que voy a hacer ahora...

—No puedo suponerlo, Mark...

—Este mundo era un dominio material de «Kabxë-Kahn». Nunca sabremos cómo era el «amo» en realidad, cuáles las dimensiones en que se movían antes de llegar nosotros ni nada de eso. Pero no nos concierne, ni creo que les hagamos más felices volviendo a cambiar su estructura metafísica y dimensional. Dejémosles en su tiempo, en su espacio y en su medio de vida, y volvamos a nuestro mundo, Shirley. Nada podemos hacer por los que murieron, porque si «Kabxë-Kahn» era un loco asesino, a los que mató nadie les devolverá la vida, ni siquiera él mismo de haber vivido, ya que no era un dios. Por tanto, nosotros tenemos que regresar a nuestro propio lugar en el Universo, a nuestro sitio en el espacio y el tiempo, dejando que «Eterna» siga su curso, aunque su pretendida inmortalidad sólo sea resultado de ignorar el concepto del Tiempo. No está en nuestras manos alterar el curso de los seres y de las cosas que está fuera de nuestro alcance. Los que son amigos y nos aman, serán felices: Casiopea, Aquila, Cepheo... y sus pueblos, los ícaros y los «microentes», también. Dejémosles en su felicidad entonces, Shirley... Y vámonos ya de aquí.

—¿Cómo, Mark? Distamos millones de millones de millas de la Tierra...

—Olvidas que dispongo del control de «Kabxë-Kahn» —tocó el cinturón —. Tal vez sirva para volver... igual que sirvió para secuestrarnos de nuestro

mundo, para hacer franquear a nuestro avión las velocidades conocidas o posibles. Para desgravitarnos, para dominarnos física y mentalmente, para convertirnos en muñecos a su merced. Ésta era la única arma suprema del «amo»... Cambiaba, no la mecánica de los mundos, sino la nuestra... ¡Ha de servir, Shirley!

—¿Y si no sirviera? —temió Shirley Ann, abrazándose a él con fuerza, sacudida por un estremecimiento.

—Siempre tendríamos abierta una puerta: volver a Boreal, con las gentes nobles y dignas. Allí tendríamos siempre un lugar para vivir. Pero creo que servirá. Abrázate fuertemente a mí, querida. Volvemos al Universo... Volvemos a la Tierra, a América, a Los Ángeles...

—¡Mark! Me parece imposible que ello se realice alguna vez...

—Todavía llegaremos a tiempo de iniciar nuestra luna de miel, querida... —sonrió Mark Davis, aterrándola contra sí con fuerza—. No te sueltes de mí, Shirley. Vamos a viajar juntos... a través del espacio, del tiempo y de las dimensiones.

Ella se aferró a su cuello con energía. Mark la rodeó la cintura con un brazo fuerte, resuelto. La otra mano, tocó el disco negro, que giró ligeramente.

Y su cerebro disparó la orden tajante:

«Volvamos a la Tierra... a nuestro mundo propio, a nuestro tiempo y dimensión... para no regresar jamás a «Eterna». Y que el poder maléfico de «Kabxë-Kahn», quede destruido con nuestro viaje de retorno...».

La espiral fabulosa apareció ante él. Y detrás del túnel concéntrico, giratorio, una negrura absoluta, el brillo de lejanísimos astros...

Finalmente, una llamarada deslumbradora, un estallido de sonido que atronó sus tímpanos, y un raudal de luz dorada que cegó sus ojos.

Después, la oscuridad total de nuevo... y la sensación de que los dedos desesperados de Shirley Ann, se separaban de los suyos a través del viaje por los espacios...

Se sintió solo, flotando en la nada absoluta... y dejó de pensar y de sentir.

* * *

—Parece que ya se encuentran mejor. Es sorprendente cómo salvaron sus vidas en el horrible accidente...

Se agitó en la blandura donde flotaba. Parpadeó, queriendo abrir los ojos, y la luz le cegó. Era una luz redonda, brillante, suspendida sobre su cabeza. Se rebulló, y experimentó terribles latidos en las sienes. El dolor le despejó antes que nada, se quiso erguir, y varias manos le sujetaron.

—Quieto, quieto —recomendó una voz suave, apacible—. No debe hacer imprudencias. El «shock» ha sido muy fuerte, ya que no sufrió heridas al caer.

Repose, cálmese...

Mark Davis logró abrir finalmente sus ojos. Vio los muros blancos, los rostros pálidos y afables inclinados sobre él, las blancas batas, el globo de blanca luz suspendido sobre el lecho donde reposaba.

—Dios mío... —gimió entre dientes—. ¿Dónde estoy?

—A salvo, señor Davis —dijo una voz—. Y no sufre heridas, no tema por su físico. Podrá seguir haciendo películas en el futuro.

Mark parpadeó. ¡Películas! Había llegado a olvidar el cine, la vida, la realidad...

—¿Qué es lo que dice? —graznó—. ¿Y Shirley Ann? ¿Y mi esposa?

—A salvo también —sonrió el hombre de bata blanca y gafas centelleantes —. Se salvó con usted. Fueron los únicos supervivientes.

—¿Cómo lo saben? —Mark reflejó su estupor—. ¿Es que están enterados...?

—Sabemos todo, Davis —asintió el médico—. El avión se hundió en el mar a la altura de San Diego... Un accidente lamentable. No se salvó nadie más que ustedes. Los cadáveres y el avión no han podido recuperarse, pero desgraciadamente es así. Ustedes tuvieron suerte, al flotar junto a unos arrecifes donde pudieron asirse. Y allí les encontraron los patrulleros de costa que salieron en busca del avión desaparecido.

—¡Quiero ver a mi esposa! —pidió—. ¡Quiero verla...!

—Ya la verá —le calmó un médico—. Ahora repose, repose...

* * *

—Flores para los milagrosos supervivientes —sonrió Van Buren, tendiendo los ramos sobre el lecho—. Y mi enhorabuena, Mark...

Davis miró a Van Buren. Pero sobre todo a quién entraba con él y se lanzó inmediatamente en sus brazos, estallando en sollozos radiantes, llenos de felicidad...

—¡Mark, mi vida! ¡También tú estás a salvo! ¡Dios mío, que feliz soy! —gemía Shirley una y otra vez.

—Cuando supe la desaparición del aparato, temí por vosotros especialmente —dijo el productor gravemente—. Pero luego, al conocer los nombres de los únicos supervivientes, ¡imaginad mi alegría!

—Sí. Ni siquiera la muerte podía evitar que Herbert H. Van Buren siguiera realizando nauseabundas películas interplanetarias —Mark le guiñó un ojo, y luego miró con profunda expresión a Shirley—. Querida, estos días he tenido unas pesadillas horribles y a veces me pregunto si han sido pesadillas o realidad...

—Yo también, Mark —asintió ella, con una mirada que lo expresaba todo.

—Bien, bien. Pasad la luna de miel como dos tórtolos. Y después... ¡a rodar otra vez! Os entusiasmará el guion y el asunto.

—Estoy convencido de ello —musitó Mark, haciendo un gesto de horror.

—Es algo distinto, algo portentoso, muchacho —Van Buren hablaba entusiasmado—. Se trata de una aventara que emprendéis en un cohete interplanetario... Algo falla, y «Jim Plutón» va a parar más allá del Universo...

—¿Qué ha dicho? —saltó Mark, palideciendo. Shirley se puso rígida entre sus manos—. ¡Repita eso!

—Vais «más allá» del Universo —rió Van Buren—. Ya sé que dicho así suena a completamente insensato... Pero resulta que al final de la película, lo que «Jim Plutón» creía más allá del Cosmos, no es otra cosa que la propia Tierra, a la que ha vuelto, porque el infinito es circular y eterno, no tiene fin y siempre se vuelve al principio de donde se partió. Y en su propio mundo, pero por una deformación de las dimensiones, al contraerse los cuerpos y las moléculas por efecto por la espantosa velocidad, vive su aventura fabulosa ¡«dentro de un átomo»! Un átomo que es un mundo por sí solo, un sistema prodigioso... más allá del Universo, tal como nosotros lo imaginamos. Pero al lado nuestro en realidad, «dentro de nosotros». ¿No es una idea genial de mis guionistas, Mark?

Mark no respondió. Él y Shirley Ann estaban mirándose con asombro, con incalculable horror...

Más allá del Universo...

Pero si el Universo, la Creación, no tenían fin, si eran realmente infinitos... ¿por qué no el regreso al punto de partida, en vez de franquear murallas inexistentes? ¿Por qué no un viaje circular, que la contracción de espacio-tiempo-dimensión condujo a un Universo insignificante y microscópico, a un simple átomo, en el que ellos mismos sufrieron igual contracción, reduciéndose a dimensiones infinitesimales que jamás habían sospechado?

¡Y entonces... «Eterna» era un átomo de materia... nada más que un átomo!

La grandeza soberbia, el poder dominador y tiránico de «Kabxë-Kahn», el tamaño colosal de unos simples gérmenes o microbios, la existencia de mundos inteligentes y organizados, de floras y faunas inauditas... pero dentro del átomo... Todo ridícula, infinitamente pequeño, como la superioridad orgullosa y cruel del que creyera ser «amo» de algo... y que sin duda ignoró su propia pequeñez, cegado por su soberbia.

—¿Por qué no?

—Sí... —musitó Mark Davis, como respondiéndose a sí mismo, en voz alta—. ¿Por qué no? ¿Por qué no, Shirley?

Ella entendía. Y, ella, demudada, no respondió. Le faltaron fuerzas, valor...

En cuanto a Herbert H. Van Buren, mostró su radiante satisfacción por lo que suponía un elogio a su idea.

Ni él ni nadie podía sospechar tampoco otra cosa. Únicamente dos seres en el mundo sabrían o imaginarían la increíble verdad que demostraba la grandeza auténtica de una Creación sin principio ni final, sin límites, sin otro «Más Allá» que Dios mismo.

Pero esas dos personas, nunca hablarían a nadie de todo aquello. El cinturón portentoso de «Kabxë-Kahn» había desaparecido, hundido posiblemente en las aguas donde ellos fueron a parar. Con él, la energía misteriosa obtenida para dominar, la obra mecánica de una mente perversa, la obra que había alterado, no las leyes físicas universales, sino las de un puñado de seres sometidos a su voluntad en un viaje alucinante, se perdía para siempre.

Era mejor así. Y también era mejor silenciarlo al mundo. Después de todo... ¿quién les hubiera creído?



¡Atención al próximo número de esta formidable colección!

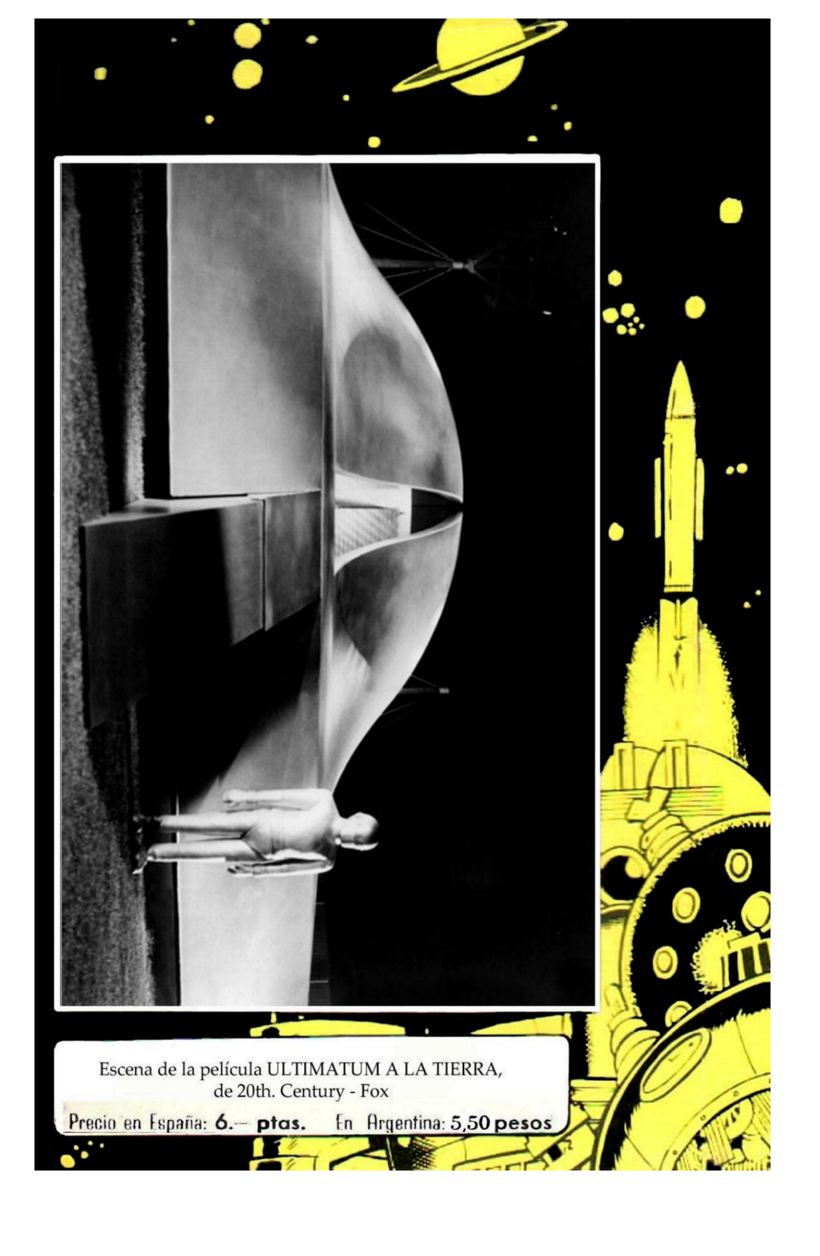
Se trata de la mejor novela de uno de sus autores preferidos, y se titula

Lobos del Espacio

Una novela de anticipación científica que será realidad dentro de unos años, pero que usted podrá leer ahora:

Lobos del Espacio

No esté solo cuando la lea si no es un espíritu valiente; en sus emocionantes páginas, el terror.; la violencia y lo inesperado afilan sus garras en busca de la presa.



Escena de la película ULTIMATUM A LA TIERRA,
de 20th. Century - Fox

Precio en España: **6.– ptas.** En Argentina: **5,50 pesos**